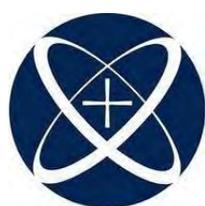


INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Departamento de Estudios Socioculturales

PROYECTO DE APLICACIÓN PROFESIONAL (PAP)

Programa de Construcción de Opinión Pública e Incidencia en Medios
Mirar la ciudad con otros ojos: Memorias e identidades



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara

Hace un 22 de abril que no me acordaba de ti
A 25 años de las explosiones en Guadalajara

PRESENTA

Lic. en Gestión Cultural Luis Rogelio Uribe Orozco

Profesor PAP: Rogelio Villarreal Macías

Asesor PAP: Andrés Villa Aldaco

Tlaquepaque, Jalisco, julio de 2017

ÍNDICE

REPORTE PAP	2
Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional	2
Resumen	3
1. Introducción	4
1.1. Objetivos	6
1.2. Justificación	7
1.3 Antecedentes	9
1.4. Contexto	17
2. Desarrollo	29
2.1. Sustento teórico y metodológico	29
2.2. Planeación y seguimiento del proyecto	36
3. Resultados del trabajo profesional	41
Crónicas	
3.1 ¿Cómo que se cayó la casa? La historia de la familia Velázquez	41
3.2 Una madre lo da todo por un hijo	64
3.3 Rosa, flores y un milagro	81
3.4 Frente a mí: una calle volando en pedazos	95
4. Reflexiones del alumno sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto	104
5. Conclusiones	108
6. Bibliografía	110
Anexos	112

Presentación Institucional de los Proyectos de Aplicación Profesional

Los Proyectos de Aplicación Profesional (PAP) son una modalidad educativa del ITESO en la que el estudiante aplica sus saberes y competencias socio–profesionales para el desarrollo de un proyecto que plantea soluciones a problemas de entornos reales. Su espíritu está dirigido para que el estudiante ejerza su profesión mediante una perspectiva ética y socialmente responsable.

A través de las actividades realizadas en el PAP, se acreditan el servicio social y la opción terminal. Así, en este reporte se documentan las actividades que tuvieron lugar durante el desarrollo del proyecto, sus incidencias en el entorno, y las reflexiones y aprendizajes profesionales que el estudiante desarrolló en el transcurso de su labor.

Resumen

En este trabajo se aborda, con una visión testimonial de actualidad, las explosiones ocurridas el 22 de abril de 1992 en varios tramos del colector de drenaje en el sector Reforma del Área Metropolitana de Guadalajara.

En la primera parte se presenta la investigación de los antecedentes, los hechos y los actores involucrados en las explosiones, así como la información emitida por las autoridades y los grupos de la sociedad civil, quienes desempeñaron un papel fundamental en la recopilación de información, aunque la parte sustancial del proyecto consiste en recopilar testimonios de personas que vivieron esa tragedia y que se presentan como crónicas.

Estos testimonios tienen la intención de dar voz a los sobrevivientes, de conocer su versión de los hechos y, sobre todo, de comprender que a veinticinco años de la tragedia su vida sigue marcada por aquella fecha.

Las crónicas se acompañan de un conjunto de fotografías tomadas por el autor de esta investigación, fotografías de los álbumes de las familias entrevistadas, de archivos fotográficos de medios de comunicación, así como de fotógrafos que cubrieron las zonas afectadas.

A partir de los archivos fotográficos de las familias entrevistadas se hace una reconstrucción fotográfica de algunas de estas imágenes para mostrar los rostros actuales de esas familias. También se contrastan fotografías de aquel paisaje urbano devastado con imágenes actuales de la misma zona.

1. Introducción

El 22 de abril de 1992 representa una fecha imborrable en la historia de Guadalajara. Aquel día, en las primeras horas de la mañana, sucedieron diez explosiones en los colectores del drenaje en el Sector Reforma.

Las colonias Atlas, Quinta Velarde, las Conchas y los barrios de Analco y San Carlos fueron testigos de una serie de explosiones en el subsuelo que cobraron la vida —según datos oficiales— de más de doscientas personas, dejando más de mil cuatrocientos heridos y más de mil doscientas cincuenta viviendas destruidas a lo largo de más de ocho kilómetros de longitud.

Las causas y los responsables de una tragedia que fue ocasionada por fallas humanas, pero que alcanzó las dimensiones de un terrible desastre natural, fueron determinadas en un dictamen emitido por la Procuraduría General de la República, el 18 de diciembre de 1992. El dictamen careció de legitimidad desde su publicación. Los motivos ahí establecidos engloban una fuga de hidrocarburos en el poliducto de Petróleos Mexicanos (Pemex); la existencia de un tapón que desviaba flujos de un colector en el centro de la ciudad, con motivo de la construcción de la línea 2 del Tren Ligero, y un mal manejo en las investigaciones previas al día de las explosiones, en las que personal del Sistema Intermunicipal de Agua Potable y Alcantarillado (SIAPA), del Departamento de Bomberos y técnicos de Pemex habían detectado altos niveles de explosividad en las cloacas de la zona que posteriormente serían devastadas.

A finales del año 1992 no había ningún culpable preso por lo sucedido el 22 de abril. Hasta la fecha tampoco lo ha habido. Las investigaciones, el dictamen de la PGR y el manejo de la información de parte de los distintos niveles de gobierno en la tragedia, fueron el reflejo de una coyuntura marcada por la falta de transparencia de las instituciones públicas; el autoritarismo de los gobiernos en turno y la ausencia de un verdadero sistema democrático capaz de rendir cuentas a una sociedad afectada material, emocional y psicológicamente, que terminó por desacreditar las respuestas oficiales.

En el primer apartado de este proyecto se construye una línea histórica de los hechos previos, durante y posteriores a las explosiones, de acuerdo con las notas, principalmente de diarios como el ahora extinto *Siglo 21* y del trabajo que académicos, investigadores y periodistas realizaron con el afán de historizar los hechos en oposición a la información oficial que emitieron las distintas autoridades implicadas.

Ciertamente, existe una gran cantidad de material bibliográfico que ha historizado lo ocurrido aquel 22 de abril de 1992, pero esa tarea es aún un proceso inacabado. A veinticinco años de la tragedia, acrecentar los testimonios de sobrevivientes, conocer su versión de los hechos y, sobre todo, conocer las consecuencias económicas, sociales, familiares y psicológicas años después de lo sucedido, simboliza un acto de justicia a la memoria de aquellos que, con nombre y rostro, se niegan a ser parte de un archivo empolvado.

Por ello, “Hace un 22 de abril que no me acordaba de ti” es un proyecto de aplicación profesional que expone la vida de un grupo de sobrevivientes a las explosiones, años después de lo sucedido. Muestra lo vivido por un conjunto de familias que experimentaron la tragedia y narra qué ha sido de sus vidas en todos estos años.

Se recuperan, además, archivos fotográficos de las familias entrevistadas, de las que hice retratos que presento junto a los archivos.

Finalmente, en uno de los apartados del proyecto se presenta una serie de fotografías contemporáneas de los puntos de explosión, para continuar historizando visual y narrativamente uno de los hechos más dolorosos para la sociedad jalisciense —y mexicana— y que, por lo tanto, no puede ser olvidado.

1.1. Objetivos

Narrar, por medio de testimonios, las vivencias de personas que sufrieron las explosiones del 22 de abril de 1992 en el sector Reforma de Guadalajara, con el fin de exponer las consecuencias familiares, sociales, psicológicas y económicas a las que se han enfrentado a veinticinco años de la tragedia.

Poner en evidencia, a través de imágenes fotográficas, el pasado y el presente de familias que sobrevivieron a las explosiones del 22 de abril con la finalidad de constatar en términos visuales las transformaciones que han vivido esas familias en los últimos veinticinco años.

Contrastar, por medio de imágenes fotográficas, la transformación física de la zona afectada por las explosiones, con la finalidad de historizar visualmente el antes, la contingencia y el ahora de esa zona del Área Metropolitana de Guadalajara.

1.2. Justificación

Los hechos ocurridos el 22 de abril de 1992 en el Sector Reforma de Guadalajara fueron abordados por la prensa local, nacional e internacional; un ejemplo de ello es la primera plana que dedicó, el 24 de abril, a las explosiones en Guadalajara el periódico británico *The Guardian*.

Importantes investigaciones en torno a las causas y los probables responsables de las explosiones que dejaron cientos de muertos y miles de heridos fueron realizadas por periodistas de la ciudad, entre las que sobresalen las hechas por Alejandra Xanic, que revelan las contradicciones en las que cayeron instituciones como Pemex, el SIAPA y el Departamento de Bomberos de Guadalajara en la información que emitieron antes y después de la catástrofe —investigaciones que se rescatan para este proyecto.

La academia desempeñó un papel fundamental en la recopilación y estructuración de información en torno a las explosiones y sus secuelas, ampliando el debate en torno a las consecuencias económicas, culturales y psicológicas que marcaron la historia de la ciudad.

En la difícil tarea de documentar e historizar lo acontecido aquel 22 de abril, el ITESO tuvo un papel esencial en este proceso. En el libro *Quién nos hubiera dicho, Guadalajara 22 de abril*, publicado por la propia institución, en el que Cristina Padilla y Rossana Reguillo compilan un conjunto de reflexiones de distintos académicos que se reunieron días después de las explosiones en un foro académico convocado por el propio ITESO.

En ese libro Rossana Reguillo escribe: “Todos estos esfuerzos, que hoy se traducen en este libro, se deben al interés y apoyo del ITESO que, preocupado por la vinculación de la universidad con la sociedad, asumió el compromiso de difundir la discusión y reflexión en la tarea de rescatar la memoria del trágico 22 de abril”.

El presente trabajo, en la medida de sus posibilidades, intenta abonar a esa vinculación de la universidad con la sociedad, a retomar aquellas investigaciones ya realizadas por estudiosos en la ciencias sociales, así como por periodistas

comprometidos con la obtención de información veraz, ello con la intención fundamental de contribuir a ensanchar esa memoria colectiva de un hecho que no puede simplemente ser archivado.

A. J. Mayer, en su libro *La ética reconstructiva*, escribe: “No hay memoria colectiva espontánea. Para permanecer presente en el espíritu, el recuerdo necesita aniversarios, símbolos, discursos, monumentos, imágenes, música, reliquias” (Mayer, 1992, pp. 51).

“Hace un 22 de abril que no me acordaba de ti” recopila testimonios de familias sobrevivientes a las explosiones, 25 años después de los hechos; recupera fotografías del archivo de esas familias que revelan cómo era la vida en esas colonias y barrios antes de la tragedia, y retrata en qué se ha transformado el paisaje urbano que un día, poco después del amanecer, fue devastado.

Recuperar la historia de los sobrevivientes; fotografiar sus rostros y la transformación física del lugar, un cuarto de siglo después de la tragedia, es un intento por abonar a historizar uno de los hechos más dolorosos en la historia de la ciudad, pero sobre todo, por evitar su olvido.

1.3 Antecedentes

La zona afectada por las explosiones del 22 de abril de 1992, que comprende las colonias Quinta Velarde, Analco, Atlas, San Carlos y Las Conchas, desde principios de los años ochenta se caracterizó por ser una zona urbana expuesta a altos riesgos, pues en ella confluían zonas habitacionales con empresas industriales, comerciales y de servicios, algunas de éstas de alto riesgo al contar con procesos de producción de alta peligrosidad: fábricas aceiteras que manejaban hexano y, en ese entonces, la planta de Pemex “La Nogalera”.

La zona había sufrido ya algunos incidentes, como la explosión de los drenajes en 1983 en la calle Sierra Morena, a 2.5 kilómetros de la zona de las explosiones de 1992, y la fuga de gas de amoníaco¹ en la fábrica conocida como “La Hilera”, en 1991 (Macías, 1994, p. 22).

Ninguno de los acontecimientos antes mencionados se acercan a las dimensiones de la destrucción causada por las explosiones del 22 de abril. La cronología de los hechos que presento a continuación ha sido construida a partir de notas periodísticas, principalmente del extinto diario *Siglo 21*, de la crónica de José Manuel Mora y María Eugenia de la Torre, y de la compilación que realizaron Cristina Padilla y Rossana Reguillo en el libro *Quién nos hubiera dicho*; se anexa además información obtenida de las entrevistas realizadas a los sobrevivientes durante este proyecto de investigación.

De manera previa a la cronología hago un listado de actores involucrados en los acontecimientos. Instituciones, funcionarios públicos, movimientos sociales, empresas y gerentes de empresas. Cada uno de los actores aquí mencionados desempeñaron un papel en los acontecimientos y se mencionan continuamente en la cronología de los hechos.

¹ El amoníaco es un gas incoloro con un olor muy fuerte que, al contacto con la piel puede causar irritación, quemaduras y ampollas. Gracias a las propiedades de vaporización del amoníaco, es útil como un refrigerante.

Actores

Carlos Salinas de Gortari, presidente de México de 1988 a 1994.

Guillermo Cosío Vidaurri, gobernador de Jalisco de 1989 a 1992.

Enrique Dau Flores, presidente municipal de Guadalajara.

Carlos Rivera Aceves, gobernador interino de Jalisco.

Aristeo Mejía Durán, secretario de Desarrollo Urbano de Guadalajara.

Petróleos Mexicanos (Pemex). Guillermo Estrada, gerente de mantenimiento de Pemex.

Sistema Intermunicipal de los Servicios de Agua Potable y Alcantarillado (SIAPA).
Gualberto Limón Macías, director del SIAPA.

Departamento de Bomberos de Guadalajara, jefe J. Trinidad López Rivas.

Sistema Nacional de Protección Civil (Sinaproc), órgano que posee la facultad para proponer investigaciones en la prevención de desastres.

Procuraduría General de la República, procurador Ignacio Morales Lechuga.

Colegio de Ingenieros Civiles del estado de Jalisco.

Coordinadora de Ciudadanos y Organismos Civiles 22 de abril.

Patronato del 22 de abril.

Fábrica de Aceite La Central, ubicado en Río Sayula y Río Alamo. José Morales, gerente general de la fábrica.

Gabriel Covarrubias Ibarra, presidente del Patronato de Reconstrucción del Sector Reforma.

Cronología de los de hechos

17 de abril

El viernes 17 de abril se produce la primera señal de anormalidad en la zona que días después sufriría las explosiones. Ese día se había detectado olor a gasolina, gas o petróleo que provenía de alcantarillas de la calle y de coladeras de casas de las colonias Analco, Atlas y San Carlos. Habitantes de esas colonias hicieron llamadas telefónicas y denuncias a las autoridades. Según Silvia Velázquez, una de las sobrevivientes y cuyo testimonio se presenta más adelante en este trabajo, el 19 de abril advirtieron en su casa un fuerte olor a gasolina que provenía de las cloacas de la calle, y también de los registros dentro de su domicilio. Recuerda que en esa fecha personal de protección civil acudió a la zona donde se encontraba su domicilio, en la calle Río Bravo. Los vecinos no recibieron ningún tipo de información al respecto.

21 de abril

Se presentan diversos reportes al Sistema Intermunicipal de Agua Potable y Alcantarillado (SIAPA) sobre una emanación con olor a gasolina proveniente de las alcantarillas. Al lugar acudieron personal del cuerpo de Bomberos, el Departamento de Tránsito y el SIAPA, que detectaron un alto grado de explosividad; no obstante, no se dispuso la evacuación de los habitantes de la zona (Mora, en Padilla y Reguillo, 1993, p. 27).

Como se menciona en la nota de René Valencia publicada en *Siglo 21*, la señora María González, dueña de una tienda en la calle Río Rhin, atestiguó que personal del SIAPA había acudido a revisar las alcantarillas durante la madrugada del 21 de abril, pero que no advirtieron de ninguna medida que debían tomar los vecinos de la zona (Valencia, 1992, p. 4).

22 de abril

En la edición especial publicada por el diario *Siglo 21* el 22 de abril de 1992 se lee:

Más de doce kilómetros del sector Reforma de la ciudad se convirtieron en zona de desastre y tragedia para miles de tapatíos que sufrieron las consecuencias de una macroexplosión, al parecer producida por la fuga de un gas de alto riesgo, el hexano². Las explosiones han dejado un saldo de más de 150 personas muertas, arriba de 600 heridos y un número indeterminado de damnificados y pérdidas económicas.

En total se registraron diez explosiones en distintos puntos del sector Reforma de Guadalajara. A continuación se enlistan las explosiones por hora y minutos, de acuerdo con el orden en que acontecieron, y posteriormente se presenta un mapa que reconstruye los puntos geográficos de las explosiones en el primer cuadrante de la ciudad.

Primera explosión: 10:05 hs, en la Calzada Independencia y Aldama.

Segunda explosión: 10:06 hs, en el cruce de Gante y 20 de noviembre.

Tercera explosión: 10:08 hs, en el cruce de Gante y Nicolás Bravo.

Cuarta explosión: 10:12 hs, en la avenida González Gallo.

Quinta explosión: 10:23 hs, en el cruce de Gante y Calzada del Ejército.

Sexta explosión: 10:31 hs, en el cruce de Río Bravo y 5 de febrero.

Séptima explosión: 10:43 hs, en la esquina de Gante y Silverio García.

Octava explosión: 11:02 hs, en el cruce de la avenida Río Nilo y Río Bravo.

Novena explosión: 11:16 hs, en el cruce de Río Pecos y Río Álamo.

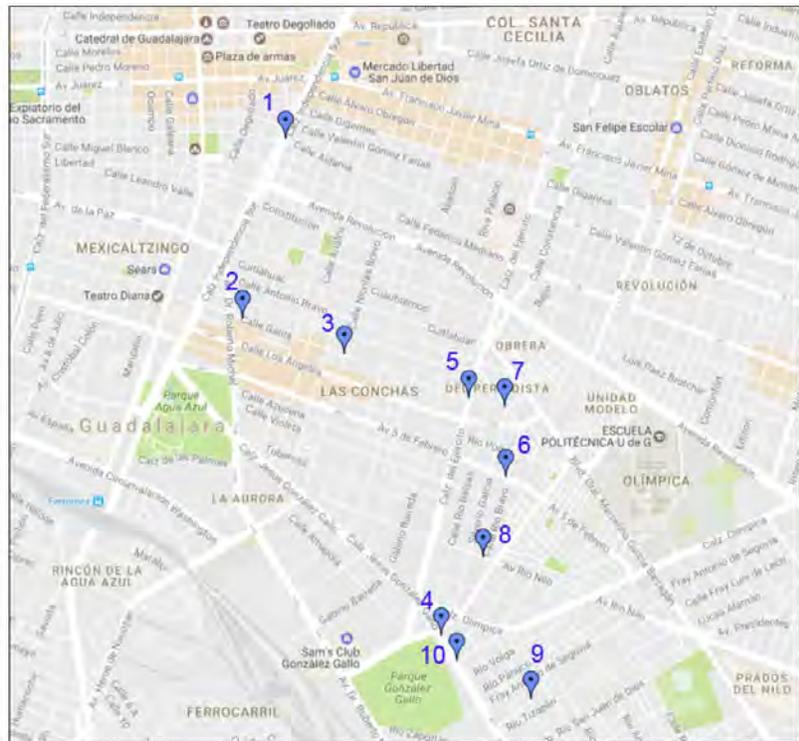
Décima explosión: 11:16 hs, en el cruce de González Gallo y Río Suchiate.

² El hexano es un hidrocarburo líquido, incoloro y muy oloroso. Es altamente volátil, es decir, tiende a evaporarse y puede explotar en contacto con el oxígeno. Es un insumo indispensable para la industria aceitera y es suministrado por Pemex, por dos mecanismos: por ducto o por pipa.

Orden cronológico de las explosiones, por hora y lugar:

1. 10:05 hs. Esquina de la Calzada Independencia y la calle Aldama.
2. 10:06 hs. En el cruce de las calles Gante y 20 de noviembre.
3. 10:08 hs. En el cruce de las calles Gante y Nicolás Bravo.
4. 10:12 hs. En la avenida González Gallo.
5. 10:23 hs. En el cruce de las calles Gante y Calzada del Ejercito.
6. 10:31 hs. En el cruce de las calles Río Bravo y 5 de febrero.
7. 10:43 hs. En la esquina de las calles Gante y Silverio García.
8. 11:02 hs. En el cruce de Ave. Río Nilo y Río Bravo.
9. 11:16 hs. En el cruce de Río Pecos y Río Álamo.
10. 11:16 hs. En el cruce de avenida González Gallo y Río Suchiate.

Mapa de las explosiones del 22 de abril



Mapa 1. Cronología de las explosiones del 22 de abril.

Fuente: Google Maps. 2017. Google, INEGI.

Cerca de las 14:00 hs del 22 de abril el entonces gobernador del estado, Guillermo Cosío Vidaurri, en entrevista televisiva, al preguntársele por qué no se decidió evacuar esa zona la noche anterior, contestó:

Tenía conocimiento de que cuadrillas del SIAPA y del cuerpo de bomberos trabajaban desde las tres horas de la madrugada del miércoles 22 de abril destapando alcantarillas y tratando de identificar el origen de las emanaciones. Estos elementos se retiraron fatigados luego de las labores que realizaron por la noche. Hoy a primeras horas del día, a las 10:00 horas, ese personal se había ido a descansar (Martín, 1992, p. 6).

23 de abril

El 23 de abril la oficina de Relaciones Públicas de Petróleos Mexicanos (Pemex) emite un boletín en el que atribuía a la fábrica de aceites La Central la fuga de hexano, lo que habría provocado las explosiones (González, 1992, p. 11).

El mismo 23 de abril el presidente municipal, Enrique Dau Flores pide licencia temporal a la alcaldía de Guadalajara. Mientras, el presidente Salinas de Gortari instruye a la Procuraduría General de la República para que en un lapso de 72 horas presente el resultado de las investigaciones sobre las causas de las explosiones.

El jefe del Departamento de Bomberos, J. Trinidad López Rivas, y el director del SIAPA, Gualberto Limón Macías, son cesados de sus puestos.

24 de abril

Se produce una fuga de gasolina en la planta de Pemex La Nogalera. Guillermo Estrada, gerente de mantenimiento de Pemex, negó la responsabilidad de esta empresa en la explosión del colector el 22 de abril. Según el funcionario, “la fuga presentada es totalmente ajena a aquello (la explosión) porque se presentó hasta hoy en la madrugada (24 de abril)” (Martín, 1992, p. 10).

El mismo 24 de abril, Alejandra Xanic publica en el diario *Siglo 21* una nota titulada “Todos los caminos llevan a Pemex”, en la que narra algunos de los hechos sucedidos los días previos al de las explosiones:

Quando se conoció que en el colector que bajaba por la calle Gante estaban saliendo gases con olor a gasolina (el 20 de abril), el SIAPA, los bomberos, Protección Civil y técnicos de Pemex iniciaron la investigación. Tomaron muestra del agua, midieron los niveles de explosividad e hicieron conjeturas del posible origen. Encontraron en algunas alcantarillas un alto grado de explosividad (100 por ciento de explosividad mínima), frente a las alcantarillas del muro de la aceitera La Central. Ante ello, el jefe del Departamento de Bomberos entró a la fábrica a buscar la posible fuga. Al tomar la medida de explosividad en las alcantarillas de la fábrica, el explosímetro marcó entre diez y veinte por ciento de explosividad.

En la misma nota Xanic detalla:

El volumen de hexano que maneja diariamente la aceitera La Central es de 800 a 3 mil litros y su almacenamiento es de 60 mil. La capacidad de un kilómetro del colector es de 8,500 metros cúbicos (8.5 millones de litros). Si la explosividad mínima, según los técnicos de Pemex, es de seis partículas de gas por 94 de aire, se requeriría al menos 510 metros cúbicos (510 mil litros) para hacer explotar un kilómetro de colector. Debió haber millones de litros de hexano en el colector, que la aceitera no manejaba. Si a ello agregamos que la aceitera cerró en Semana Santa (una semana previa a las explosiones), prácticamente queda descartada. A manera de conjetura pensemos que la única empresa que maneja esos volúmenes de hexano es Pemex, a través del poliducto (Xanic, 1992).

En este día el Cabildo de Guadalajara aprueba la licencia temporal solicitada por el presidente municipal de Guadalajara, Enrique Dau Flores.

25 de abril

En la nota de José Antonio Cázares, publicada en *Siglo 21* este día, se entrevista a José Morales, representante de la aceitera La Central, quien afirma: “Nuestras aguas residuales industriales (de la fábrica) las descargamos en el colector que está en la calle Río Sayula y que no tiene absolutamente nada que ver con el colector de Río Álamo. En el colector de río Álamo no hubo ninguna explosión. Nosotros no somos responsables de esta catástrofe. El hexano que usamos se recicla, vía calentamiento–destilación–condensación, con condensadores indirectos, donde se enfría el hexano y se vuelve a usar” (Cázares, 1992).

26 de abril

La Procuraduría General de la República emite el primer informe en el que advierte que se ejercerá acción penal por los delitos de lesiones y homicidios imprudenciales, daños en propiedad ajena, ataques a la vías generales de comunicación y violaciones a la Ley

General de Equilibrio Ecológico.

En el informe son mencionados como responsables Enrique Dau Flores, Aristeo Mejía Durán (secretario de Desarrollo Urbano), por omisión de sus funciones públicas, así como los funcionarios de Pemex: Juan Antonio Delgado Escareño, José Adán Avalos Solórzano, Ángel Bravo Rivadeneyra, Roberto Arrieta Maldonado, y del SIAPA, José Luis Gutiérrez Gómez, Jorge Humberto Huízar Herrera y Manuel Jiménez López (Mora y De la Torre, en Padilla y Reguillo, 1993, pp. 30).

En esta fecha se crea el Fideicomiso para la Reconstrucción de la Zona Siniestrada, con un fondo de 100 mil millones de pesos, aportados por Pemex, y otros 100 mil millones, aportados por el Gobierno Federal.

30 de abril

El gobernador de Jalisco, Guillermo Cosío Vidaurri, pide licencia a su cargo por un año.

1 de mayo

El Congreso de Jalisco aprueba la designación de Carlos Rivera Aceves como gobernador interino, quien ordena la reconstrucción de la zona afectada y la salida de la planta de Pemex La Nogalera.

11 de mayo

Se anuncia el cierre de Pemex en La Nogalera.

21 de mayo

El Patronato de Reconstrucción del Sector Reforma inicia el pago de indemnizaciones en el Colegio de Jalisco.

27 de mayo

La indemnización a los afectados estuvo determinada por tres categorías que fijó el Departamento de Obras Públicas del Gobierno de Jalisco; estas tres categorías estaban

clasificadas por tres precios por metro cuadrado para la reconstrucción de las viviendas: 813 mil (viejos) pesos la baja, 923 mil la media y un millón 77 mil pesos la alta por metro cuadrado. Se determinó que las indemnizaciones se harían considerando tres categorías de vivienda según el tipo de acabado: vivienda modesta, media y alta, con un precio establecido por metro cuadrado de construcción para cada uno de los niveles (Ramírez, S. J., 1995, p.p. 211).

La señora María Carpio López, entrevistada para este proyecto, nos cuenta:

El día que fuimos a que nos dieron el cheque del pago de nuestra casa, no coincidían los metros cuadrados que teníamos construidos, además, el precio al que estaban pagando el metro cuadrado no era el justo por el valor de nuestra casa. A todos les pagaban lo mismo, pero nuestra casa estaba recién remodelada. Nos quejamos pero nos dijeron que tenían fotos de nuestra casa antes de que explotara y que no teníamos esos metros de construcción (Carpio, 2017).

7 de junio

La Procuraduría General de la República establece que fueron dos fugas de gasolina las causantes de la tragedia en el Sector Reforma.

Dictamen de la Procuraduría General de la República

El 18 de diciembre de 1992 la Procuraduría General de la República dio a conocer los resultados de las investigaciones destinadas a conocer las causas, circunstancias y responsabilidades de las explosiones del 22 de abril en el Sector Reforma. Las averiguaciones corresponden a los números de folio 1170/92 y 1236/92. A continuación enlisto algunos de los puntos fundamentales para esta investigación que aparecen en el dictamen que rescata Marcos Arana Cervantes en su libro *1992. Crónica de antes y después*.

La explosión de gases e hidrocarburos provocó el siniestro.

631 personas manifestaron haber percibido olores intensos y persistentes de hidrocarburos en el drenaje, el día 21 de abril de 1992.

Con posterioridad al 22 de abril fue localizada una fuga en el poliducto Salamanca–Guadalajara, producida por corrosión.

En relación con la fuga detectada el 23 de abril, se estima ésta en 228 mil litros de gasolina.

Con base en los informes de Pemex, el producto derramado era sólo gasolina y la fuga se confinó a una pequeña área sobre la avenida Lázaro Cárdenas.

Las acciones de saneamiento emprendidas por Pemex para eliminar hidrocarburos del subsuelo fueron adecuadas.

Para desviar las aguas del Colector Oriente hacia el de San Juan de Dios (ello debido a que en ese tiempo estaba en construcción la Línea 2 del Tren Ligero) se construyó un tapón metálico y la desviación entró en funcionamiento en febrero de 1992.

El tapón o compuerta metálica hace una represa de aguas negras.

La conformación y el funcionamiento de la interconexión resultó propicia para la acumulación de mezclas de hidrocarburos, cuyo comportamiento no estaba contemplado en el diseño. El paso de mezclas de hidrocarburos se vio impedido, en la condición anterior, acumulándose a presión dentro del colector.

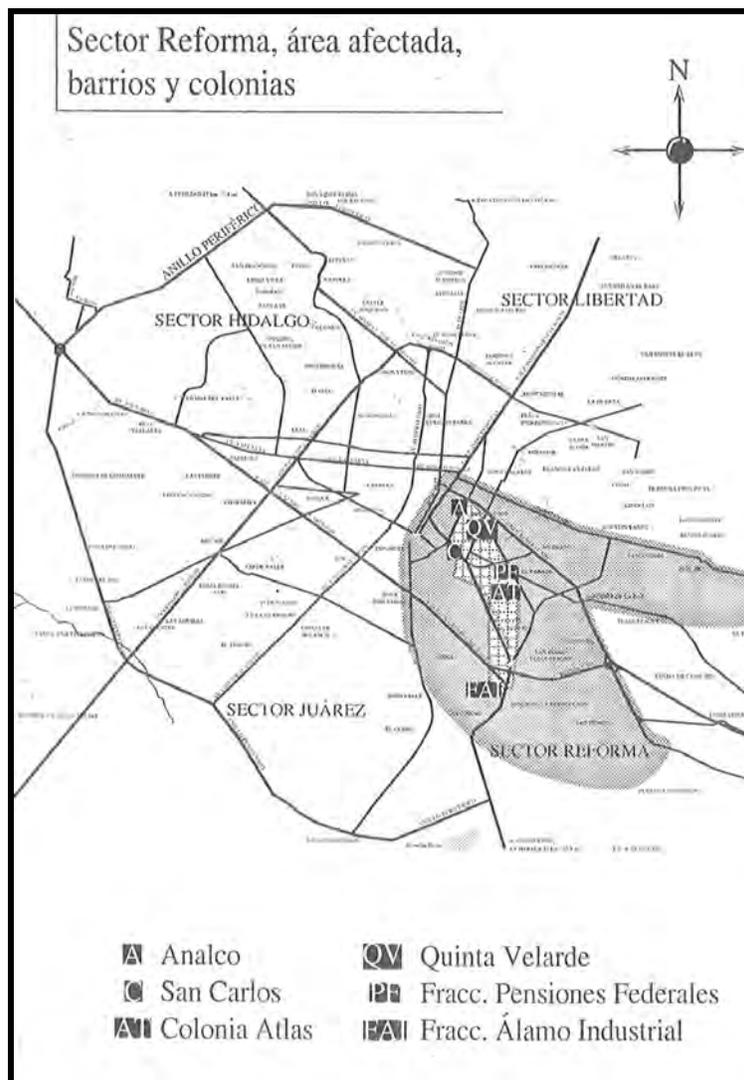
La restricción al flujo del Colector Intermedio del Oriente hizo posible que pequeñas aportaciones de hidrocarburos provenientes de fábricas, gasolineras y talleres cercanos al colector contribuyeran a la formación de mezclas explosivas. En definitiva, las causas que la PGR atribuye a las explosiones son ordenadas de la siguiente manera:

1. Aportaciones de distintas procedencias.
2. Acumulación de hidrocarburos por la formación de un sello hidráulico implementado para la construcción de la Línea 2 del Tren Ligero.
3. Actuación inadecuada del personal que detectó la explosividad.
4. Instalación indebida de un tubo de agua sobre el poliducto.

5. Ruptura del poliducto de Pemex y fuga de gasolina.
(Arana, 1993, pp. 223–230).

1.4. Contexto

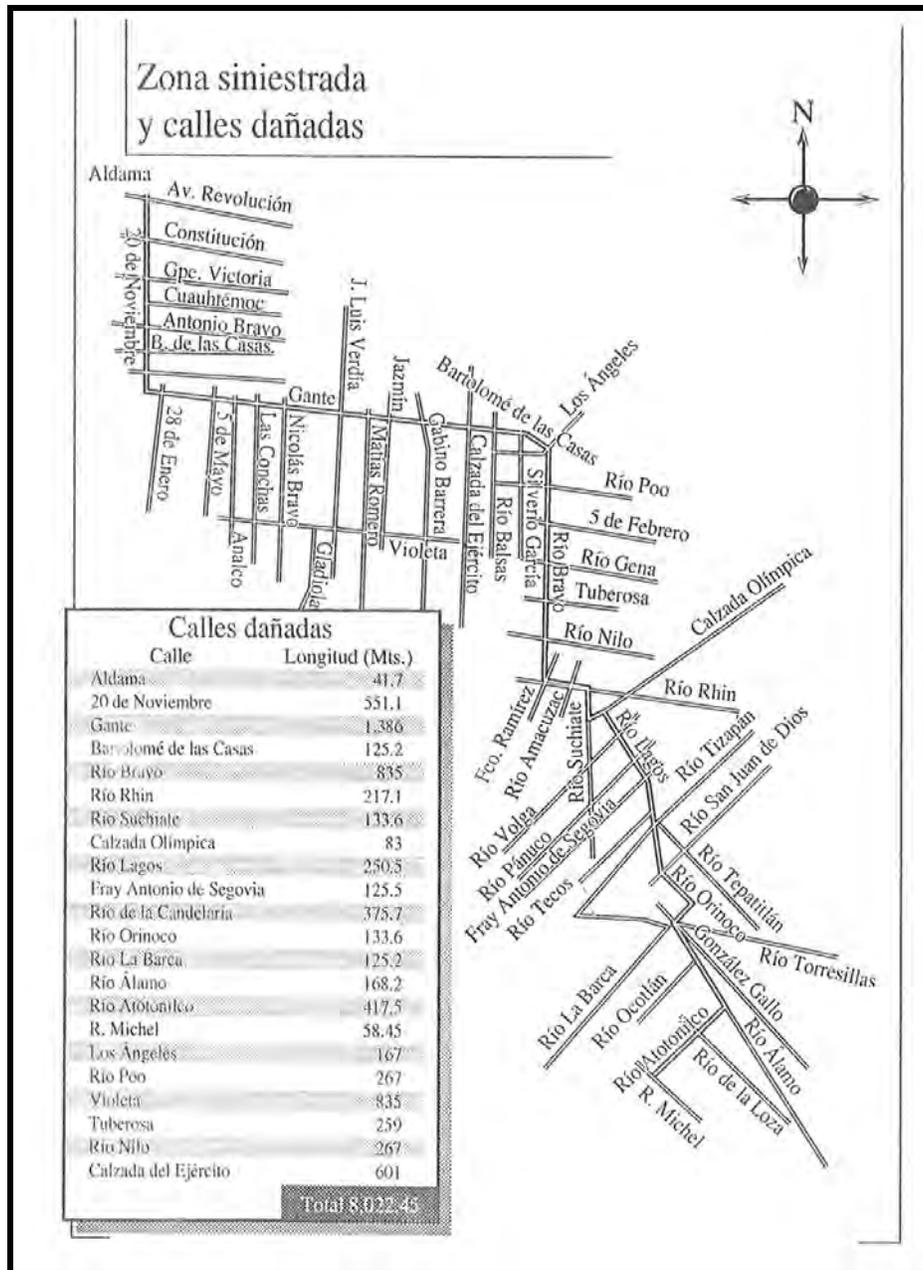
Las explosiones del 22 de abril ocurrieron en el Sector Reforma de Guadalajara, uno de los cuatro sectores que componen el Área Metropolitana de Guadalajara, y afectaron los barrios de Analco y San Carlos; las colonias Atlas y Quinta Velarde y los fraccionamientos Pensiones Federales y Álamo Industrial. El mapa 2 muestra la zona afectada por las diez explosiones.



Mapa 2. Zona Afectada por barrios y colonias.

Fuente: Ramírez Sáiz y Regalado Santillán (1995, pp. 50).

El mapa tres presenta la zona siniestrada por calles. En total fueron destruidas veinte calles en una extensión de más de ocho mil metros de longitud.



Mapa 3. Zona siniestrada por calles.

Fuente: Ramírez Sáiz y Regalado Santillán (1995, pp. 52).

Según el censo de población del INEGI de 1990, en las 98 manzanas que fueron

siniestradas residían 13,930 personas.

Una de las constantes encontradas en esta investigación es la confrontación entre los datos oficiales, emitidos en el dictamen de la Procuraduría General de la República el 18 de diciembre de 1992, y la información recabada por la prensa local y las investigaciones realizadas por académicos y estudiosos de las ciencias sociales y, sobre todo, por los testimonios recopilados en este proyecto de sobrevivientes.

El cuadro 1 muestra los daños humanos, según los datos oficiales y datos extraoficiales recopilados por Juan Ramírez Sáiz y Jorge Regalado en su libro *¿Olvidar o recordar el 22 de abril?*, publicado por la Universidad de Guadalajara.

Tipo de daño	Daños Humanos	
	Datos oficiales	Datos extraoficiales
1. Personas fallecidas.	210	de 252 a 700
2. Fallecidas por enfermedad causada por el siniestro	a/e	10
3. Desaparecidas	2 *	13
4. Lesionadas	1,480	2,000
5. Enfermos reportados a causa del siniestro.	10	50

Cuadro 2. Daños humanos.

Fuente: Ramírez Sáiz y Regalado Santillán (1995, pp. 58).

Ángeles Rosas, coordinadora del movimiento 22 de Abril, habla de hasta 1,500 muertos (Ocaranza, 1992).

Además de los muertos, lesionados y desaparecidos, las explosiones afectaron

directamente la vida de familias enteras, las cuales en la mayoría de los casos perdieron su hogar y patrimonio material. Se estima que 4,500 familias vieron alteradas sus condiciones de vida tras las explosiones (Alonso, 1993, pp. 21).

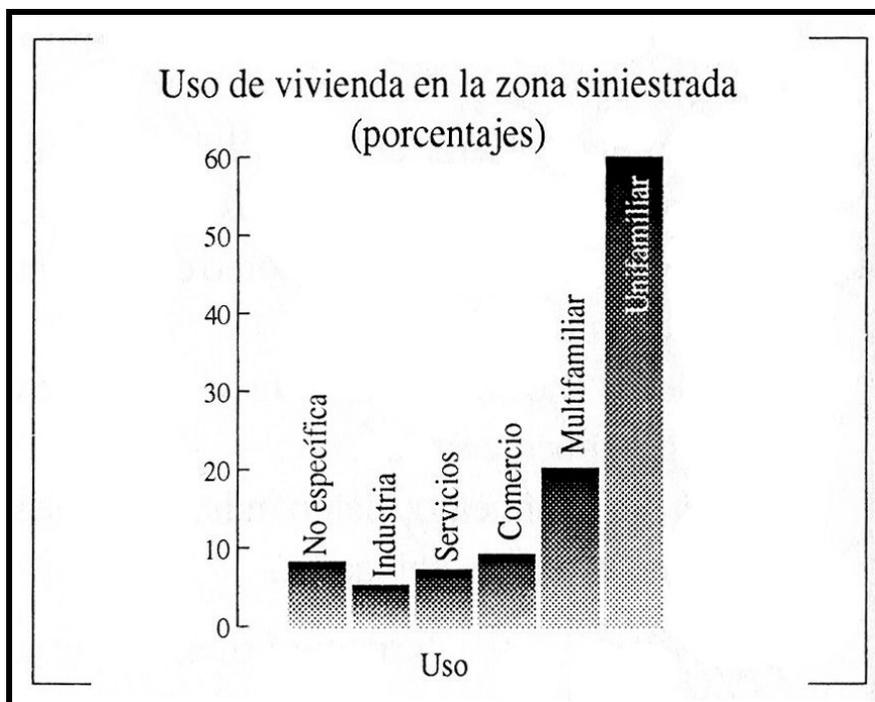
El cuadro 2 muestra los daños materiales cuantificados. El menaje hace referencia a los bienes muebles que se encontraban en el interior de las viviendas dañadas.

Daños materiales		
Daños en:	Datos oficiales	Datos extraoficiales
1. Viviendas siniestradas	1,250	1,480
2. Menajes	802	920
3. Vehículos	637	637
4. Comercios	450	900

Cuadro 2. Daños materiales cuantificados.

Fuente: Ramírez Sáiz y Regalado Santillán (1995, pp. 59).

Los barrios, colonias y fraccionamientos que fueron siniestrados estaban formados, en su mayoría, por zonas habitacionales. La gráfica 1 muestra el uso de suelo, en porcentaje, de la zona siniestrada.



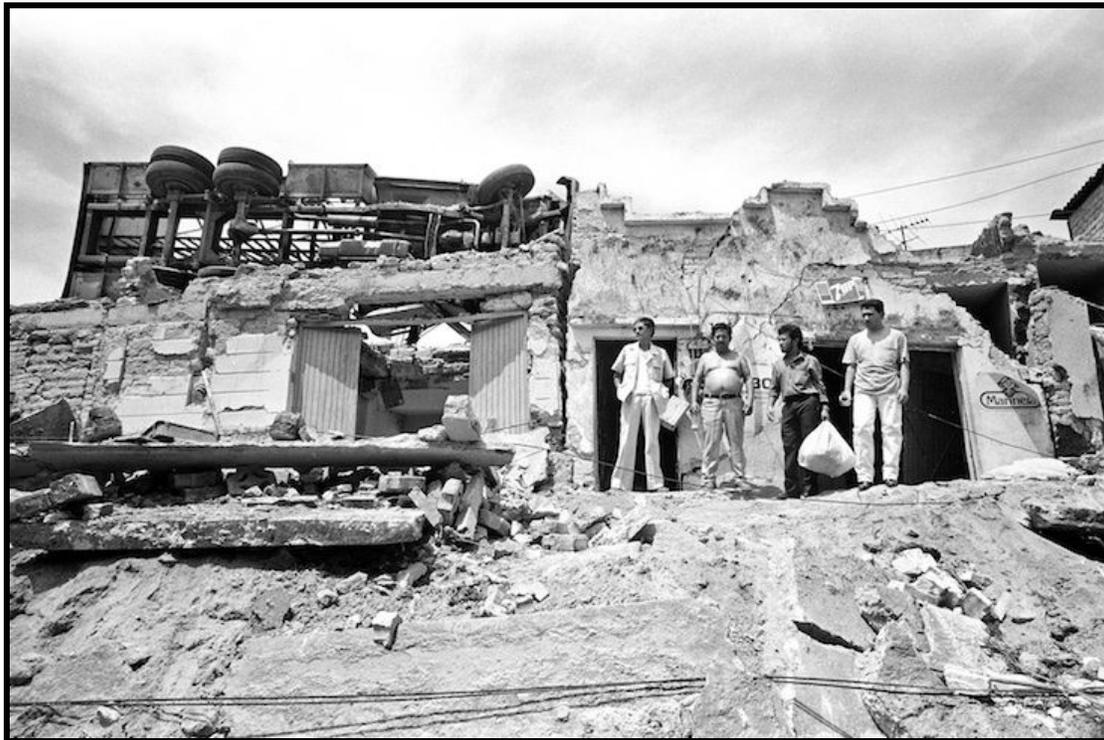
Gráfica 1. Uso de suelo de la zona siniestrada.

Fuente: Ramírez Sáiz y Regalado Santillán (1995, pp. 56).

En el siguiente apartado se muestra una serie de fotografías que muestran la magnitud de la explosión y los daños provocados. Se han seleccionado fotografías de dos fuentes, una de ellas es la serie de José Hernández Claire, quien en el año 1992 fuera editor de fotografía del diario *Siglo 21*. La segunda selección ha sido recuperada de una versión impresa en el mes de mayo de 1992 de *La Noticia*, una revista quincenal de la época.

Fotografías de José Hernández Claire





Fuente: 22 de abril, explosiones en Guadalajara, Jalisco, México. 1992 © D.R. José Hernández-Claire

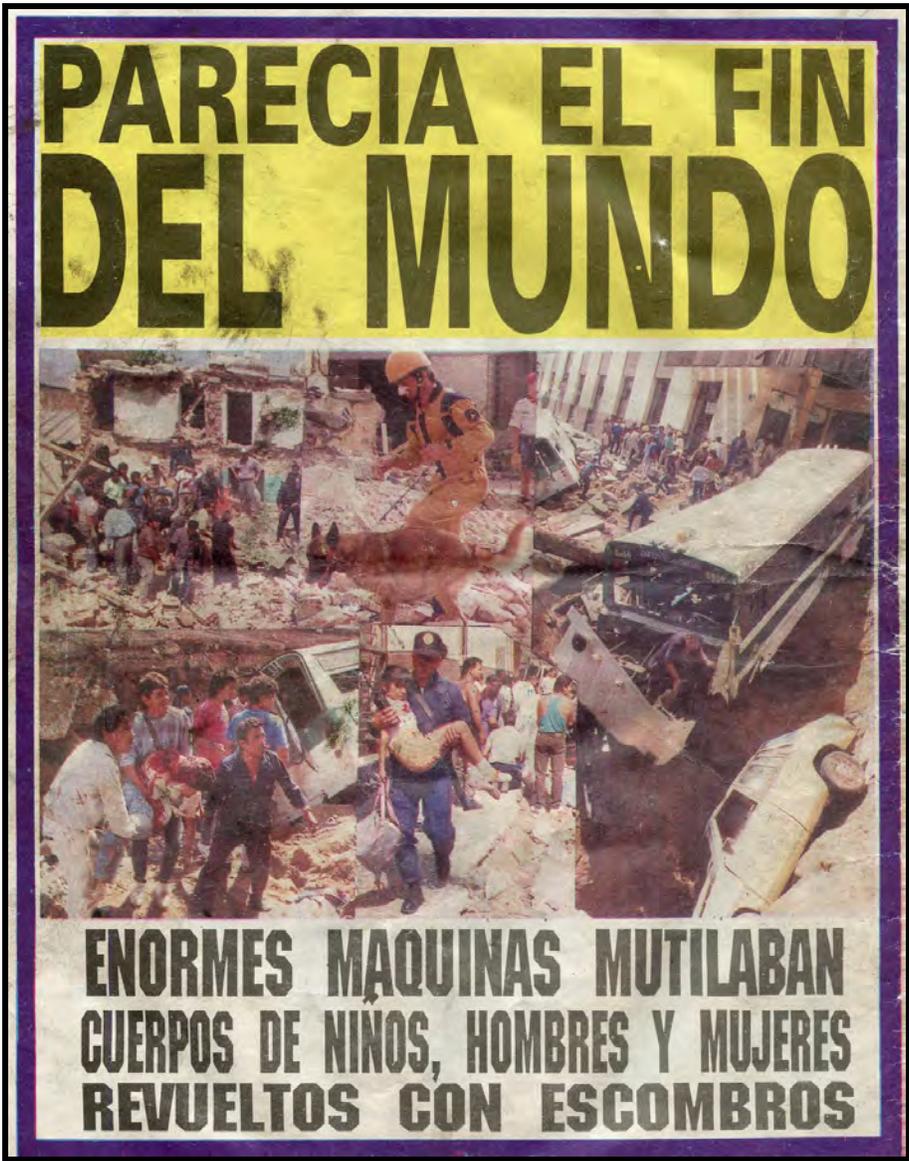
TRAGEDIA EN GUADALAJARA

EN JALISCO

Número
17

**2.500
PESOS**





Fuente: Imágenes escaneadas de la revista quincenal *La Noticia*, impresa en mayo de 1992.

2. Desarrollo

2.1. Sustento teórico y metodológico

En la nota titulada “Reconstruir la casa y el alma”, publicada el 6 de mayo de 1992 en el diario *Siglo 21*, Alicia Aldrete escribe: “La sociedad y las autoridades ya comienzan a hablar de otras cosas, como en un afán por olvidar la tragedia que sacudió Guadalajara hace apenas quince días. Lo cierto es que una desgracia de esta naturaleza no es fácil de enterrar, de ocultar, de disfrazar con el atuendo de la vida diaria. La angustia está ahí, presente en mayor o menor medida en todos los tapatíos” (Aldrete, 1992).

Las historias de las ciudades son construidas por acontecimientos de júbilo y orgullo que son narradas en las páginas de su historia y honradas en monumentos que adornan los espacios públicos de la urbe.

Una Minerva, del escultor Joaquín Arias,³ adorna uno de los puntos centrales de la ciudad de Guadalajara en la avenida Vallarta. Conocida como la fuente de la Minerva. Una rotonda agrupa esculturas, así como las cenizas, de los jaliscienses ilustres. El Monumental Hospicio Cabañas alberga los murales de uno de los más destacados pintores mexicanos: José Clemente Orozco. Así podemos continuar enumerando espacios públicos y monumentos que son símbolos que honran y definen a esta ciudad de Guadalajara. Sin embargo, habría que preguntarse: ¿Qué sucede con los momentos trágicos que han marcado también la historia de la ciudad? ¿A estos momentos de derrota, de trauma, de desgracias, se les recuerda con algún monumento? Aún más importante ¿Quedan grabadas en la memoria de su sociedad? o ¿Se hace lo posible por enterrarlos en las páginas del olvido?

Para André Cordo: “La ciudad, está hecha de estratos, muchos de ellos ocultos o borrados por procesos, no sólo de guerras, sino también de destrucción planificada y sistemática del tejido histórico, para ser sustituidos por nuevos productos urbanos”

³ En la mitología romana, Minerva es la diosa de la sabiduría, las artes y las técnicas de guerra y protectora de Roma.

(Cordo, A. 2004).

El concepto de memoria colectiva, siguiendo a Maurice Halbwachs (Cordo, A. 2004), se ha ido deconstruyendo en dos direcciones opuestas: por la parte del sistema productivo, se han reforzado los mecanismos de borrado y sustitución de la memoria; y por la parte de los movimientos sociales, se ha reivindicado la diversidad de memorias existente en cada ciudad, cómo conviven o cómo unas se imponen sobre las otras. Ambos procesos han incrementado la complejidad y conflictividad de la construcción urbana.

Sería un atrevimiento impronunciable afirmar que, los hechos ocurridos el 22 de abril de 1992, en el Sector Reforma han quedado olvidados por esa memoria colectiva de la que habla Halbwachs. Lo que sí es posible pronunciar es que, resultaría imperdonable que así sucediera, que, por su naturaleza trágica, las explosiones quedaran borradas de la memoria colectiva de una sociedad que vivió el horror de aquella mañana y de aquellos, también, que no lo vivieron.

En este sentido, los testimonios que en el apartado de resultados finales se presentan, han sido rescatados con la intención de abonar a esa memoria colectiva, a esa historia de una ciudad que debe honrar los momentos sublimes pero también debe retomar los dolorosos con el objetivo fundamental de evitar que vuelvan a ocurrir.

Antes de los testimonios, se presentan una serie de fotografías de los diez puntos en la ciudad (marcados en el Mapa 1), donde aquella mañana de 22 de abril, sucedieron las explosiones del colector de drenaje.

Las fotografías tienen la intención de eternizar el ahora, veinticinco años después, de esa zona de la ciudad que un día fue devastada. Bajo la premisa de que, la memoria colectiva de una ciudad es construida narrativa, visual y simbólicamente. La serie de fotografías han sido realizadas con la idea de rescatar simbolismos visuales que den cuenta de la transformación física de la zona.



Calle Aldama, al fondo la Calzada Independencia



Calle 20 de Noviembre



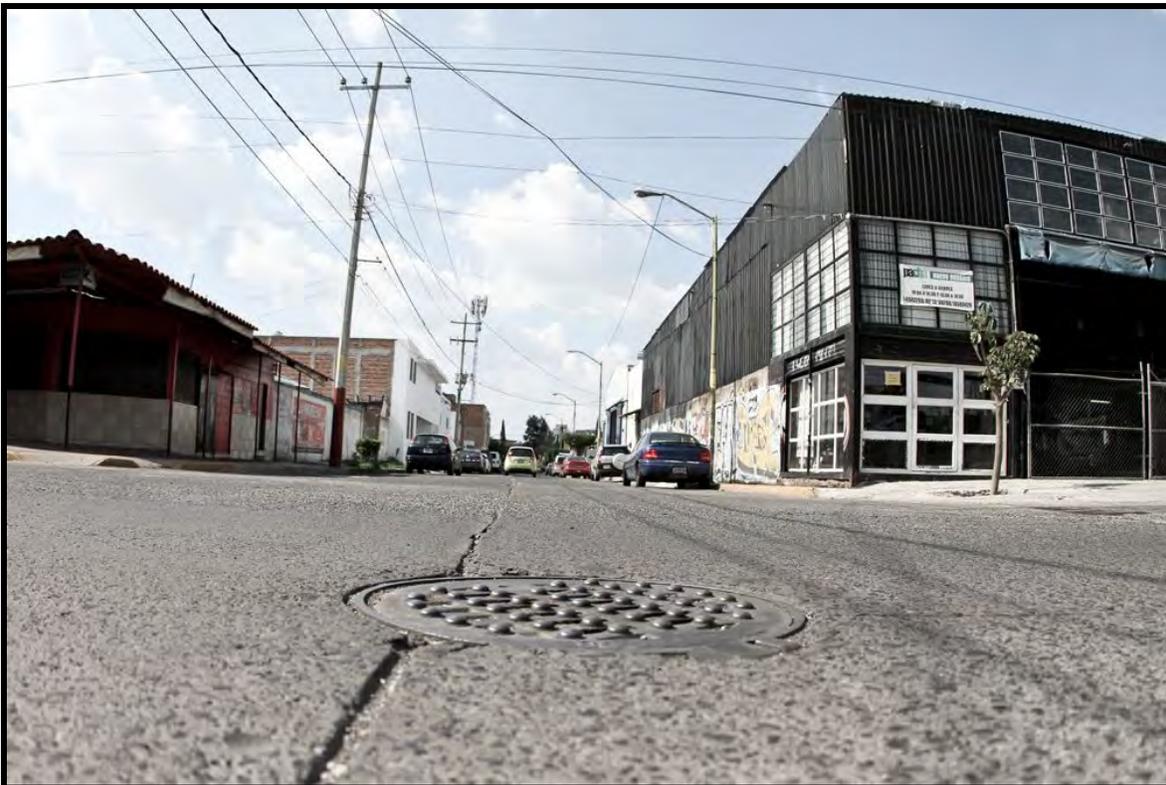
En el cruce de las calles Gante y Nicolás Bravo



Avenida González Gallo en su cruce con la calle Las Conchas



Calzada del Ejército en su cruce con Gante



En el cruce de las calles Río Bravo y 5 de Febrero



Cruce de las calles Gante y Silverio García



Calle Río Bravo en la esquina de Río Nilo



En el cruce de las calles Río Pecos y Río Álamo



Calle Río Suchiate en la esquina con González Gallo

2.2. Planeación y seguimiento del proyecto

Descripción del proyecto

He mencionado antes que existe una gran cantidad de bibliografía escrita sobre las explosiones sucedidas el 22 de abril de 1992 en el sector Reforma de Guadalajara. La prensa local e internacional dedicó constantes notas y primeras planas a esta tragedia.

Para el presente proyecto se han revisado las notas —referentes al tema— que el ahora extinto diario *Siglo 21* publicó desde el 22 de abril hasta finales del mismo año, con ellas, y otras referencias se han escrito una cronología de los hechos que narra lo sucedido a los días anteriores a las explosiones y el seguimiento de los daños, hasta la publicación del dictamen que emitió la Procuraduría General de la República.

Distintos académicos de universidades como el ITESO y la Universidad de Guadalajara realizaron importantes investigaciones dedicadas a analizar e historizar lo sucedido en aquella fecha; esas investigaciones son retomadas y citadas en la primera parte de la investigación como antecedentes y contexto, con el fin de ofrecer una narración cronológica de los hechos y una revisión de los daños humanos y materiales ocasionados.

Una de las características compartidas tanto por los medios de comunicación impresos que cubrieron los hechos del 22 de abril, como por académicos, es la falta de legitimidad de los datos oficiales emitidos por el Estado, en torno a las causas de la explosión y las consecuencias de ésta.

Los datos oficiales se contradicen con las investigaciones y sobre todo con los testimonios de quienes vivieron en carne propia la tragedia. Testimonios que son presentados en los resultados finales del proyecto. Sin embargo, el fin mismo de este trabajo no ha sido, necesariamente, el de indagar sobre la veracidad de la información oficial sino el de contribuir a continuar historizando un hecho profundamente doloroso en la historia de Guadalajara, con la intención de que no quede enterrado en la memoria colectiva de la sociedad.

La segunda parte de la investigación se concentra en recabar testimonios de

personas que vivieron los hechos. Se han realizado entrevistas con familias y sobrevivientes de las explosiones. La mayoría de ellos perdieron algún familiar, otros quedaron enterrados entre los escombros, pero sobrevivieron para contarlo; todos perdieron su hogar y ninguno de ellos recibió ninguna disculpa de autoridades locales, estatales ni federales.

En la tercera parte del proyecto, de la información obtenida en las entrevistas, se presentan las historias en cuatro crónicas. Aunado a ellas se muestran fotografías del archivo de las familias entrevistadas que complementan, visualmente, cómo eran sus rostros, sus vidas, la casa y el barrio donde vivían. Estos archivos fotográficos son contrastados con fotografías recientes que he realizado tanto de las personas como del barrio donde habitaban, con la intención de recordar que lo sucedido aquel miércoles negro tenía y tiene aún rostro y nombre.

Plan de trabajo

Para llegar a los productos finales: Las crónicas. El trabajo estuvo estructurado en tres etapas:

1. Revisión bibliográfica y redacción de los antecedentes, el contexto y el marco teórico del proyecto.
2. Gestión de entrevistas con familias y personas sobrevivientes a las explosiones del 22 de abril. Revisión de los archivos fotográficos de las familias y
3. Revisión de las entrevistas (grabadas en audio) de las familias y otros sobrevivientes y redacción de los productos finales (crónicas), así como la selección y edición de los retratos tomados a los entrevistados, a 25 años de las explosiones.

o Actividades profesionales y técnicas

La investigación bibliográfica; la búsqueda y gestión de personas que estuvieran

dispuestas a compartir sus historias, todas ellas estremecedoras; la realización de entrevistas; la revisión de archivos fotográficos familiares; la fotografía y redacción de las crónicas fueron realizadas por el autor de este trabajo, por ello, los productos finales reflejan una escritura en primera persona.

Hace un 22 de abril que no me acordaba de ti, es el último proyecto que realizo en la licenciatura en Gestión Cultural, que ahora concluyo.

En este trabajo me he esforzado por combinar distintas disciplinas que, en mi parecer, nutren el campo de las ciencias sociales. Por una parte, hay un importante trabajo periodístico. Obtener las historias fue una tarea compleja, representó salir constantemente a campo, en este caso el campo ha sido la calle, han sido las casas de las familias, pero más importante que ello, representó desarrollar una sensibilidad para las historias que estas personas compartieron conmigo y lo hacen con los lectores de este proyecto.

Por otra parte, el trabajo visual, representa una línea transversal en los productos finales. Los archivos familiares de los entrevistados y las fotografías realizadas, veinticinco años después de la tragedia, otorgan a los testimonios una visión actual de un suceso histórico.

En una visión muy personal, los productos con los que trabaja la gestión cultural están nutridos de elementos simbólicos visuales y narrativos. He de confesarlo, no soy periodista, tampoco soy fotógrafo, de ahí que, la realización de este proyecto ha representado una labor que, en mi parecer, rebasa mi “profesión”. Eso ha sido sumamente gratificante.

o Del tipo de proyecto

Desde su formulación, este proyecto fue planteado a manera testimonial actual. Su línea transversal y el interés principal de desarrollar un proyecto como éste, ha sido siempre la obtención de testimonios de personas que, en carne propia, sufrieron la desgracia de vivir una explosión de magnitudes catastróficas que, le quitaron la vida a

familiares de algunos de los entrevistados; a otros los dejó lesionados de por vida; a todos ellos los dejó sin casa, pero sobre todo, esa explosión los ha dejado con una herida eterna.

¿Qué ha pasado en estos veinticinco años con las vidas de los sobrevivientes? fue la pregunta principal que originó y guió este proyecto. Narrar, textual y visualmente, qué ha sido de la vida de estas personas, fue la tarea principal.

Mirar la ciudad con otros ojos es el título de este Proyecto de Aplicación Profesional en el que, el Iteso, brinda la posibilidad de dar voz a las historias de personajes que normalmente no tienen voz pública.

Las personas que han abierto las puertas de sus casas, que han abierto sus archivos fotográficos, pero que sobre todo, han compartido una historia, que para todos ellos ha sido profundamente dolorosa, son los autores de este proyecto y el mismo está dedicado a todos ellos.

Aquellos que hemos optado por cursar una carrera a fin a las ciencias sociales y humanidades, tenemos, en mi parecer, la obligación académica de vincular a la universidad con los problemas que atañen a la sociedad en la que, invariablemente, estamos inmersos. Esa es la naturaleza de este proyecto.

Desarrollo de propuesta de mejora

Las tres etapas en las que estuvo estructurado el desarrollo del proyecto se muestran en la siguiente tabla, bajo la cual fueron organizados los tiempos para su elaboración.

Hace un 22 de Abril que no me acordaba de ti			
Cronograma de Actividades			
Semana	Fecha	Actividad	
1	22 - 28 may	Revisión bibliográfica sobre lo sucedido el 22 de abril en el sector Reforma de Guadalajara. Recopilación de Información emitida por fuentes oficiales, organizaciones de la sociedad civil creadas después de las explosiones e investigaciones de académicos y medios de comunicación.	Etapa 1
2	29 may - 4 jun	Redacción de objetivos, introducción, justificación y antecedentes de la investigación.	
4	5 -11 jun	Búsqueda de sobrevivientes a las explosiones del 22 de abril. Gestión de primeros contactos.	
5	12 - 18 jun	Entrevistas con sobrevivientes de las explosiones del 22 de abril.	Etapa 2
6	19 - 25 jun	Revisión de archivos fotográficos de las familias entrevistadas, selección y escaneo de las imágenes. Fotografiar a las familias entrevistadas en su contextos cotidianos: casa, trabajo y en el barrio dónde vivían durante las explosiones.	
7	26 jun - 02 jul	Redacción de productos finales: crónicas. Revisión, selección y edición de fotografías.	Etapa 3
8	03 - 9 jul	Redacción del Reporte PAP.	
9	10-jul	Entrega del proyecto.	

Resultados del trabajo profesional

3. Crónicas

3.1 “Papá, se cayó la casa”. La historia de la familia Velázquez Carpio

El día que visito la casa de la familia Velázquez Carpio, ubicada en la calle Lucas Alamán número 854, en la colonia Calzada Olímpica, sector Reforma de Guadalajara, me abre la puerta una señora de unos ochenta años de edad. La cerradura cuenta con dos chapas, que le toma un tiempo liberar. Me invita a pasar y me pide que tome asiento en uno de los sillones de la sala, me quedo solo por algunos minutos hasta que aparece Silvia, con quien había hablado unos días antes por teléfono.

Silvia es una de los diez hijos de Jesús Velázquez Arámbula y María de Jesús Carpio López. La familia Velázquez Carpio vivió durante más de cuarenta y seis años en la calle Río Bravo 1354, entre Río Tuberosa y Río Nilo, en la colonia Quinta Velarde, del sector Reforma de Guadalajara, hasta que un 22 de abril del año 1992 una explosión en el colector de drenaje derrumbó su casa y cambió para siempre la vida de la familia.

Silvia tiene ahora 46 años. Cuando aparece en la sala de su casa me saluda con una sonrisa en su rostro, toma asiento y también toma la palabra inmediatamente. Me cuenta que en esa casa han vivido durante más de veinte tres años; compraron el terreno y construyeron la casa con el trabajo de su padre y de sus cinco hermanos varones. La indemnización que recibieron de parte del Patronato de Reconstrucción del Sector Reforma, meses después de las explosiones, sólo alcanzó para comprar el terreno donde ahora me encuentro sentado.

Una mujer nos mira desde la cocina: es Irma, hermana mayor de Silvia. Lava los trastes. Es un sábado por la tarde y puedo intuir que no hace mucho ha comido la familia en una pequeña mesa de plástico, que se encuentra recargada justo frente al fregadero donde Irma escucha atenta la conversación proveniente de la sala.

Silvia es una mujer de muchas palabras; es ella quien dirige la conversación, a la que le da un giro de ciento ochenta grados repentinamente. Me dice: “Después de las explosiones nos hicimos muy creyentes”. Me cuenta que hace unos meses ella y su madre conocieron Tierra Santa —se refiere a Israel—, y que después viajaron a Alemania, la República Checa y Croacia, donde acudieron a un encuentro de jóvenes creyentes. Me explica que es una semana de actividades en Croacia a donde acuden católicos de todas partes del mundo. Conoce detalladamente la historia de ese país; habla de la separación y extinción de Yugoslavia, de las tensiones sociales y religiosas que provocaron unas de las guerras más sangrientas en la historia contemporánea de Europa.

La señora María aparece en la sala, se sienta junto a mí y se suma a la conversación: “Siempre fue mi sueño conocer Tierra Santa”, dice. Ambas narran con detalle las experiencias del viaje: los sacerdotes que las recibieron en cada ciudad que conocieron; los buenos y malos tratos por los que pasaron. Silvia se ríe con cierto orgullo cuando habla de un hombre en Berlín que la llamó india cuando se enteró de que era mexicana. La sonrisa en ambas no desaparece cuando hablan del viaje, hasta que la señora María asienta enérgicamente: “Somos una familia humilde, no te creas que tenemos para estos viajes, fueron años de estar ahorrando. Ofrécele un vaso de agua a este muchacho”, le dice a Silvia, “y vamos a contarle sobre lo que vino a preguntarnos”.

Hace semanas que leo sobre las explosiones en el colector de drenaje en las colonias Quinta Velarde, Atlas, San Carlos, Las Conchas y el barrio de Analco. Creo conocer lo sucedido: una tragedia que le quitó la vida a centenares de personas, que dejó a miles de heridos y a más de cuatro mil familias sin hogar y sin un dictamen convincente de lo ocurrido aquella mañana; pero existe una enorme brecha entre documentarse sobre una tragedia que sucedió hace veinticinco años y estar frente a un grupo de sobrevivientes que experimentaron el horror y que hoy me lo comparten en la sala de su casa.

Me resulta difícil saber por dónde comenzar, cuál es la primera pregunta que

debo hacer. Aparece entonces en la sala Jesús, padre de la familia; se sienta en un sillón individual, justo frente a mí. Le pido que me hable de cómo era el barrio cuando llegó ahí. Pasa la mano derecha por la frente, se toca el poco cabello blanco que aún queda en su cabeza, como si tratara de hacer memoria, y habla: “Nosotros caímos en el año de 1946, compramos un terrenito. La gente te apoyaba en ese entonces, recuerdo que la señora a la que le compramos el terreno lo partió a la mitad, porque no alcanzábamos a comprarle todo. La gente empezó a comprar lotes y a levantar sus casitas. Había una o dos casas en una manzana completa. Conocías a toda la gente. Cuando llegamos a la colonia no había agua potable. Había un señor que vivía en la calle Río Suchiate, se llamaba don Domingo, era un albañil y tenía un pozo de agua. A nadie le negaba el agua”.

La señora María le interrumpe: “Teníamos que ir a lavar al Agua Azul, ahí había lavaderos públicos”. Don Jesús retoma la palabra: “Había un gran terreno en la colonia, donde sembraban maíz, que abarcaba desde Olímpica hasta Río Bravo, el dueño era don Porfirio. Lo tenía bardeado. Años después los vecinos comenzamos a tumbarle la barda por la noche para poder transitar hasta Río Nilo. Ahí se juntaban dos colonias: la Quinta Velarde y la Atlas. Al barrio caía gente trabajadora, la mayoría obreros. Era una colonia tranquila, imagínate, había veces que ni siquiera cerrábamos la puerta durante toda la noche. En los sesenta, los terrenos de don Porfirio los convirtieron en campos de fútbol. De ahí salieron buenos jugadores. Después vendieron esos terrenos y se formó la colonia Olímpica”.

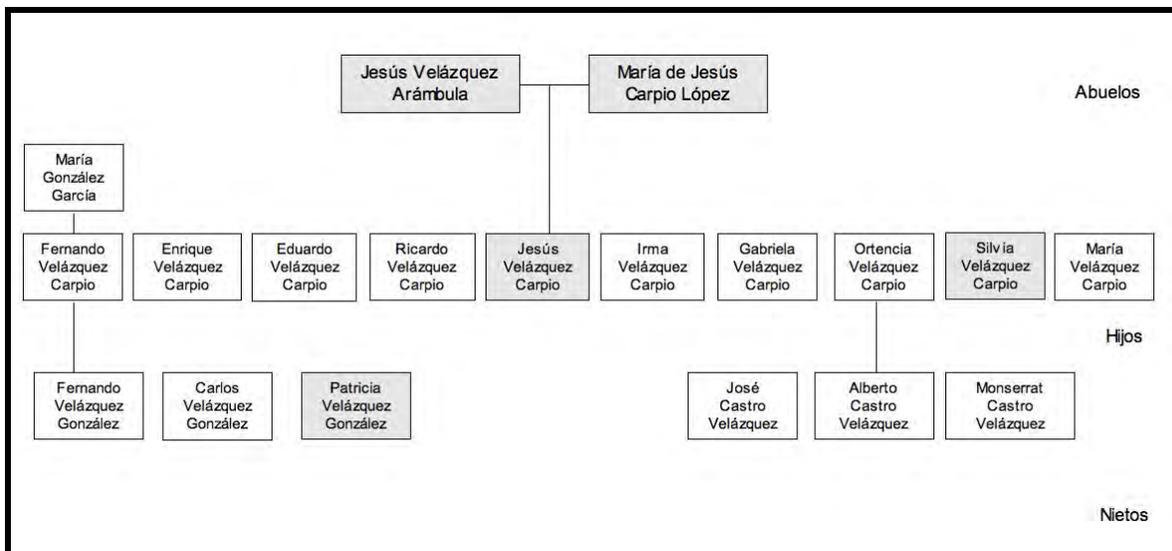
Silvia toma la palabra: “Para cuando yo estaba chica la colonia Quinta Velarde estaba ya habitada y se vivía bien, teníamos todo cerca, el templo de La Luz, el parque Walt Disney, el Parque González Gallo, el Agua Azul. El centro de Guadalajara no estaba lejos, recuerdo que íbamos a comprar ropa en una tienda que se llamaba El Barón. Incluso antes de las explosiones nos conocíamos todos, conocíamos a la señora de la carnicería, la de la farmacia, los del mercado, todos. Ya se empezaba a ver la droga entre los muchachos, pero hasta ellos cuidaban la colonia. Después de las explosiones queríamos que reconstruyeran el barrio tal como estaba, así éramos

felices”.

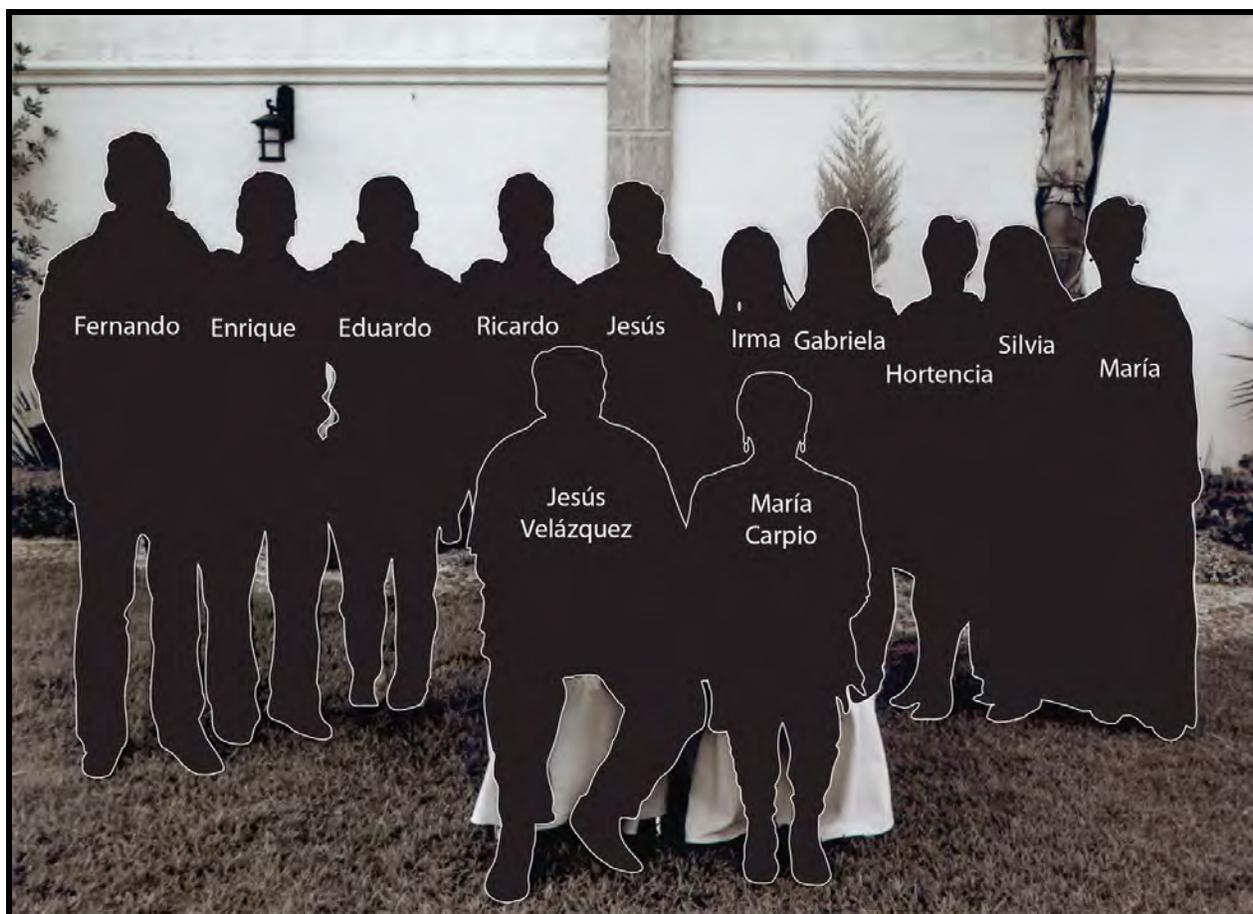
En 1992 esa colonia de la que hablan Jesús y Silvia, con una nostalgia que es imposible ocultar, sería escenario de una tragedia de una magnitud aterradora. Semanas antes del 22 de abril la colonia Quinta Velarde comenzó a ser testigo de un fuerte olor a gasolina, proveniente de las alcantarillas, que impregnaba el interior de las casas. Los vecinos de la zona reportaron la anomalía tanto al Sistema Intermunicipal de Agua Potable y Alcantarillado (SIAPA) como al Departamento de Protección Civil. Agentes de ambas dependencias acudieron al lugar. Los vecinos de la colonia nunca recibieron ningún informe de lo que ahí sucedía. Tampoco nadie fue evacuado de la zona.

El día 19 de abril —domingo de la Semana Santa— la familia Velázquez Carpio había regresado de una peregrinación que realiza año con año para visitar a la Virgen de Talpa. Al entrar a su casa notaron un fuerte olor a gasolina proveniente del baño. Al día siguiente se dieron cuenta de que agentes de protección civil y bomberos estaban destapando las tapas de las alcantarillas en su calle. Los agentes les manifestaron que no había peligro alguno, que realizaban una revisión de rutina.

El miércoles 22 de abril la mayor parte de la familia se encontraba en su casa. Para poder reconstruir los hechos sucedidos ese día resulta fundamental conocer a los miembros que integraban la familia en ese entonces. El cuadro siguiente muestra el árbol genealógico de la familia hasta la mañana del 22 de abril de 1992.



Árbol genealógico de la familia Velázquez Carpio al momento de las explosiones del 22 de abril de 1992.



Fotografía editada de la familia Velázquez Carpio. La fotografía original aparece en la página 54..

Archivo de la familia.

Era el 22 de abril de 1992, alrededor de las 9:30 hs. En la finca marcada con el número 1354 de la calle Río Bravo se encontraban la señora María de Jesús Carpio López con sus hijas Irma, Gabriela, Silvia, María Eugenia y Hortencia Velázquez Carpio. Además, en la casa se encontraban los hijos de Hortencia: Alberto y Monserrat Castro Velázquez, de uno y cuatro años de edad, respectivamente.

En la misma calle jugaban José “Pepito” Castro Velázquez (hijo de Hortencia) y sus primos Fernando y Carlos Velázquez González (hijos de Fernando Velázquez Carpio y María González).

A tan sólo unas puertas, en el número 1358 vivía Fernando Velázquez Carpio, con su esposa, María González García y sus tres hijos, Fernando, Carlos y Patricia Velázquez González. Esa mañana María había regresado del mercado y estaba dentro de su casa junto a su hija Patricia, de seis años de edad.

Ese mismo 22 de abril era el cumpleaños de María Eugenia, hermana de Silvia, por lo que las mujeres en la casa comenzaban a preparar la comida para la celebración de la tarde, un platillo típico de la familia: tacos de pollo al horno era lo que iba a cocinar la señora María.

Los varones de la familia habían salido temprano de casa rumbo al trabajo. En ese entonces el señor Jesús tenía un taller de torno, cerca de la avenida Lázaro Cárdenas, en el municipio de Tlaquepaque. En el taller trabajaban sus hijos Fernando, Ricardo y Jesús.

La primera explosión del colector de drenaje sucedió a las 10:05 hs en la esquina de la Calzada Independencia y la calle Aldama. A las 11:02 hs explotaría el colector de la calle Río Bravo en su cruce con Río Nilo, justamente la calle donde se encontraba la casa de la familia Velázquez Carpio. Fue la octava de diez explosiones en total, en un rango de ocho kilómetros.

A partir de ahora, los hechos son narrados en las palabras de Silvia, el señor Jesús, la señora María y Jesús, hermano de Silvia.

La historia en palabras de Silvia

Corrimos hasta Tlaquepaque, yo descalza y con cinco niños en mis manos

Esa mañana estábamos yo y todas mis hermanas con mi madre en la cocina, cuando entró mi sobrino Pepito, pidiéndole dinero a su madre, mi hermana Hortencia, para ir a jugar a las maquinitas que estaban en la farmacia justo a la vuelta de la casa. Mi otra hermana, María Eugenia, fue quien aceptó darle unas monedas. Pepito salió corriendo a la calle con sus primos y otros amiguitos del barrio.

En la puerta de la entrada de la casa estaba sentada mi sobrina Monserrat, para ese entonces tenía cuatro años de edad, cuando llegó a la casa mi hermano Enrique, venía de hacer un pago al que lo había mandado mi padre. Tomó en los brazos a Monserrat y la llevó a su cuarto, sin que nos diéramos cuenta de ello.

Era el cumpleaños de mi hermana Maru (María Eugenia), por eso estábamos todas en la casa, tomábamos café, pues en ese tiempo nos encantaba sentarnos juntas a tomar una taza de café antes de comenzar a preparar la cena de la noche. Unos minutos antes había llegado mi cuñada Lupe, dejó un ramo de flores para Maru, pero no se quedó, regresó a su casa con Pati, mi sobrina.

Mis papás vieron siempre a mi cuñada Lupe como una hija, porque ella quedó huérfana de niña. Es extraño, Lupe llevaba días muy triste, a una vecina le confesó que llevaba semanas preocupada, pensaba que sus hijos quedarían huérfanos, tal como a ella le sucedió.

Ahí estábamos, sentadas en la mesa cuando se sintió un temblor; antes de que explotara la tierra se movió, fueron segundos y de repente se escuchó un trueno, uno que yo nunca había escuchado en mi vida. Nos vinieron muchas cosas a la mente: fue un tanque estacionario, un ataque de otro país que tiró una bomba, era el final del mundo. No sé cómo se escuche una bomba pero fue algo tan fuerte que a las personas le reventaron los oídos del puro ruido. Quedamos sordos por segundos.

Hubo un silencio absoluto y de repente se oscureció todo, como si fuera de noche. Por eso lo llaman el miércoles negro. Nos quedamos mudos por minutos, no

sólo nosotros, no se escuchaba nada en ningún lugar. Me imagino que la gente perdió el habla por la impresión, hasta que se empezó a oír a la gente gritar, llorar.

En mi casa se cayó la parte de enfrente. Cuando pudimos hablar, mi hermana Hortencia comenzó a gritar: ¡Mi niña! ¡Mi niña! Porque mi sobrina Monserrat estaba sentada en el ingreso de la casa. Mi hermano Enrique salió al comedor pero no podía hablar para decirnos que él tenía a Monserrat. Pasaron minutos hasta que pudo decirnos que la niña estaba en el cuarto, a salvo.

Fue entonces cuando la casa empezó a venirse abajo. En eso, mi hermana Hortencia reacciona y grita: ¡Pepito, los niños, Lupe! Comenzamos a pensar en la familia.

Cuando logramos salir a la calle, no había más calle, lo que había era un pozo de más de tres metros de profundidad. Yo salí descalza, en pijama. Gritábamos los nombres de mis sobrinos. Sólo veíamos casas despedazadas, gente ensangrentada, ya estábamos muy mal. Mi hermana Hortencia entró en crisis por su hijo y nuestros sobrinos, que no sabíamos si estaban vivos o muertos.

No sé cómo logramos bajar y volver a subir el pozo que había al salir de la casa, cuando logré salir corrí en búsqueda de mis sobrinos. Pepito, Fernando y Carlos venían corriendo hacia mí. Lograron sobrevivir porque estaban a la vuelta de la casa, en la farmacia, jugando maquinitas y la explosión fue a tan sólo metros de donde ellos estaban.

Cuando mi hermana Maru le dio el dinero a Pepito para que fueran a las maquinitas sólo quedó un amiguito de ellos jugando con la pelota en la calle, era un niño de unos nueve años, le decían “Chucky”. Él no sobrevivió, a Chucky lo encontraron muerto entre los escombros.

Fernando y Carlitos preguntaban por su mamá, yo sólo les decía que su papá iba a venir a salvarla. Había gente corriendo que gritaba que iba a volver a explotar, eso nos puso aún peor.

Mi hermana Irma me dijo: “Vete con los niños”. Tomé a mis sobrinos: los tres hijos de mi hermana Hortencia y a los dos hijos de mi hermano Fernando. Pati, su hija,

estaba en casa de mi cuñada Lupe y no sabíamos nada de ellas.

Antes de irme vi a Maru, la del cumpleaños, salir de la casa ensangrentada, pero yo tuve que correr con los niños. Caminamos a un parque cercano de la casa. La gente decía que iba a seguir explotando. Seguimos caminando hasta llegar al CODE.⁴

Yo iba como loca, descalza, en los brazos llevaba a mi sobrino Alberto y con la otra mano agarraba a mis otros cuatro sobrinos. Cuando llegamos al CODE me senté con los niños y empecé a llorar, pues yo ya no sabía que estaba pasando en mi casa. Sentía la impotencia de no poder ayudar y el compromiso de tener los niños conmigo.

Cuando me dicen que va a seguir explotando en el CODE, agarro a los niños y me voy caminando rumbo a Tlaquepaque. ¿Cómo atravesaba las calles? No te lo puedo decir, era un caos la ciudad, pasaban ambulancias, gente ensangrentada, gente herida corriendo por todos lados. La gente quería huir de ahí. No te ayudaba nadie, yo los entiendo, cada quién quería salvar a su familia. Me vino a la mente que una tía vivía en Tlaquepaque, por eso caminé en ese rumbo. Pensaba que ella nos iba a salvar.

Cuando llegamos a casa de mi tía me encontré a unos amigos de la niñez. Se sorprendieron cuando me vieron. Ellos ya sabían que había explotado pero no se imaginaban a qué magnitud. Yo y los niños veníamos quemados por el sol, deshidratados, imagínate, yo caminando descalza, en pijama y con cinco niños.

Uno de estos amigos me dice: “¿Qué pasó, Silvia?” Necesito ayuda, le contesté. Me dice que mi tía ya se había ido de su casa, que había ido a refugiarse a casa de una prima que le decíamos la Güera. Esa prima vivía hasta la Central Nueva, me desesperé más porque el bebé ya venía deshidratado y los demás niños no paraban de llorar y preguntar por su madre.

Mi amigo nos acompañó hasta casa de mi prima. Ahí fue cuando me sentí todavía más estresada, sentía la responsabilidad de tener los niños y con una cruda moral de no poder regresar a ayudar a la casa. Cuando mi prima abrió la puerta se

⁴ En el año de 1992 el CODE (Consejo Estatal para el Consejo Deportivo) Jalisco tenía una de sus sedes en boulevard General Marcelino García Barragán número 1820. Años después se convertiría en el Club Atlas Paradero.

impactó al vernos, yo le dije que había explotado, que nos ayudara.

Lo primero que hice al entrar a su casa fue pedirle que encendiera una veladora, pero no se podía prender fuego, por miedo a que explotara. Me acuerdo que les pregunté si no tenían una imagen de la Virgen de Talpa. Cuando me la dieron, me agarré rezando y pidiéndole a la Virgen, que hace sólo unos días habíamos ido a visitarla.

Pasaron horas hasta que llegó mi hermana Hortencia con su esposo. No sé cómo se enteraron de que estaba en casa de mi prima. Lo primero que hace mi cuñado cuando me vio fue regañarme, me sacó en cara que me llevé a sus hijos sin avisarle a nadie. Yo me partí llorando, si de por si andaba bien triste y asustada. Le dije que lo único que quise fue poner a los niños a salvo, que la gente decía que iba a seguir explotando, por eso me agarré caminando hasta Tlaquepaque.

En ese momento vi que mi hermana se acercó con mi prima la Güera y ella le comentó que ya habían encontrado a mi cuñada Lupe y que estaba muerta.

Poco después de que Silvia huyera de la colonia con sus sobrinos, sus hermanas Irma y María Eugenia salieron del lugar de la explosión con la ayuda de un hombre que les dio *raite* en una moto, las llevó al taller de su padre: Don Jesús, cerca de la avenida Lázaro Cárdenas, en Tlaquepaque. Ésta es la historia según las palabras del señor Jesús.

La historia en las palabras del señor Jesús

¿Cómo que se cayó la casa?

Llegaron al taller Irma y Maru. Maru se metió al baño, yo no alcancé a ver cómo venía, entonces le pregunté a Irma: ¿Qué pasó, Irma? No me contestó. Salió Maru del baño y le pregunto: ¿Qué pasó, Maru? Ya estaban todos oyendo (los trabajadores del taller) y que me dice: “Se cayó la casa, acá, vámonos”. ¿Cómo que se cayó la casa? Explotó, me dijo Irma. ¿Quién se murió?, les pregunté. Nadie, me dicen. ¿Cómo que nadie se

murió si se cayó la casa?

Cuando menos me di cuenta ya habían corrido todos. Los trabajadores del taller eran de la misma colonia y tenían a sus familias ahí. Todos salieron corriendo como locos. Nada más me quedé yo y “el Oso” (uno de los trabajadores). Le dije: Vámonos. Bajé la cortina del taller, ni los candados puse. Salí a la avenida Lázaro Cárdenas, me subí en una camioneta que me dejó por el Rastro, de ahí caminé, llegué a González Gallo y ya cuando estaba en Calzada del Ejército vi movimiento, mucho movimiento. Fue cuando empecé a ver las tapas de las alcantarillas destapadas. Cuando llegué a Río Nilo fue cuando me dije: ¡Ah caray, qué pasó! Me encontré con una amiga que trabajaba en el taller, seguí caminando pero ya había un pozo enorme, me metí y seguí, fue cuando me encontré al “Mesías” (un vecino de la colonia) y me dice: “No se apure, don Chuy, no se apure, don Chuy, a su familia no le pasó nada”. ¿Cómo que no le pasó nada?

Cuando vi la destrucción me comencé a marear, perdí toda la fuerza. Ya no me podía salir del pozo, como pude llegué a la casa. Ahí me encontré a mi hija Hortencia.

Mi hijo Fernando salió corriendo del taller antes que yo y ya había llegado a la casa, como pudo, con la ayuda de mis otros hijos escarbaba entre los escombros buscando a mi nuera Lupe y a Pati, mi nieta.

Cuando sacaron a Lupe de entre los escombros ya estaba muerta, yo ya no pude más, ya no tenía fuerza.

La historia en palabras de Jesús Velázquez Carpio

Cuando mi hermana Irma y Maru llegaron al taller salimos corriendo, agarramos como pudimos *raites* pero en el mismo trayecto nos separamos todos. Cuando llegué a la colonia era como una guerra: casas destrozadas, vehículos en las azoteas. En la calle Gante había muchas vecindades, ahí había mucha gente enterrada.

Cuando llegué a la casa mi hermano Fernando ya había llegado y estaban sacando en ese momento a mi cuñada Lupe. Cuando la sacaron ya estaba muerta,

pero tenía abrazada a mi sobrina Pati. Pati estaba viva, sólo tenía unos raspones.

Sacaron a mi cuñada, la subieron a una camilla y ya no supimos a dónde se la llevaron. Mi hermano Fernando se fue a buscarla a varios hospitales y no la encontraban. Hasta que cayeron al CODE, el que está en Alcalde, ahí tenían los cadáveres tendidos sobre el piso.

Mi hermano Fernando entró a buscar el cuerpo de Lupe y no lo vio. Andaba con un primo nuestro, Martín Carpio. Martín entró y fue quien identificó el cuerpo de mi cuñada Lupe. Lupe estaba embarazada, tenía más de seis meses.

La historia en las palabras de la señora María

Cuando salí de la casa yo no podía creer lo que veía, todo estaba destrozado. No sé cómo pero recuerdo que me bajé en la zanja que había en la calle, caminé entre los escombros, me senté del otro lado de la casa y me eché a llorar, lloraba y lloraba.

No sé cómo pero me fui caminando, como loca. Caminé y caminé, seguía a la gente, hasta que llegué a uno de los albergues. Ese albergue estaba donde está el Politécnico de la UdG, cuando llegué ya venía muy mal, en crisis. Ahí me pusieron una inyección, para los nervios, yo creo. Después no recuerdo nada.

Después de las explosiones yo estuve como en coma. Ni me movía, ni comía, sólo tirada en la cama, como muerta por muchos días.

La familia Velázquez Carpio duró un mes viviendo en la casa de un compadre de don Jesús, ahí mismo, en la colonia. Fue difícil encontrar una casa donde vivir, pues, en sus palabras: “No le querían rentar a los damnificados, decían que esa gente no tenía dinero para pagar”.

A los dos meses rentaron una casa en la calle Río Usumacinta, 1328, una casa de dos habitaciones en el que vivieron por más de dos años, catorce personas.

El último día que veo a Silvia, se despide diciendo: “Nos tomó muchos años poder hablar de este tema, pero gracias a Dios, hoy podemos recordar ya sin dolor”.



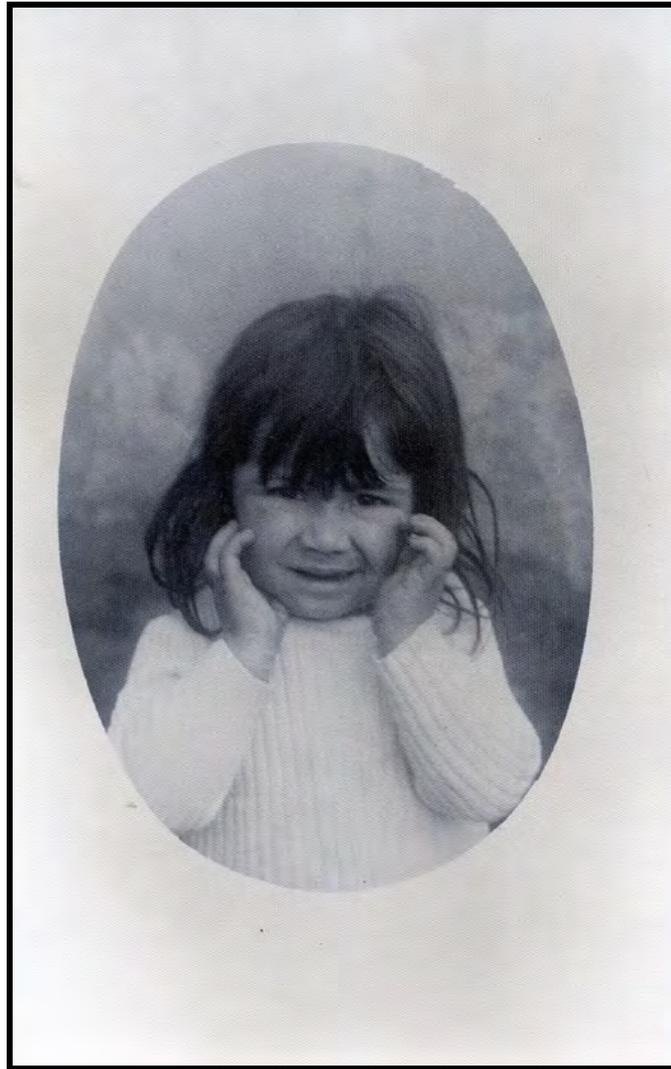
Al centro el Señor Jesús Velázquez con su esposa María Carpio. Al fondo sus diez hijos



A la derecha el señor Jesús Velázquez, junto a él su esposa María Carpio, en la primera comunión de sus hijos: Fernando y Hortencia, en el exterior de su casa en Río Bravo 1354



Eduardo y Gabriela Velázquez Carpio en el exterior de su casa Río Bravo 1354



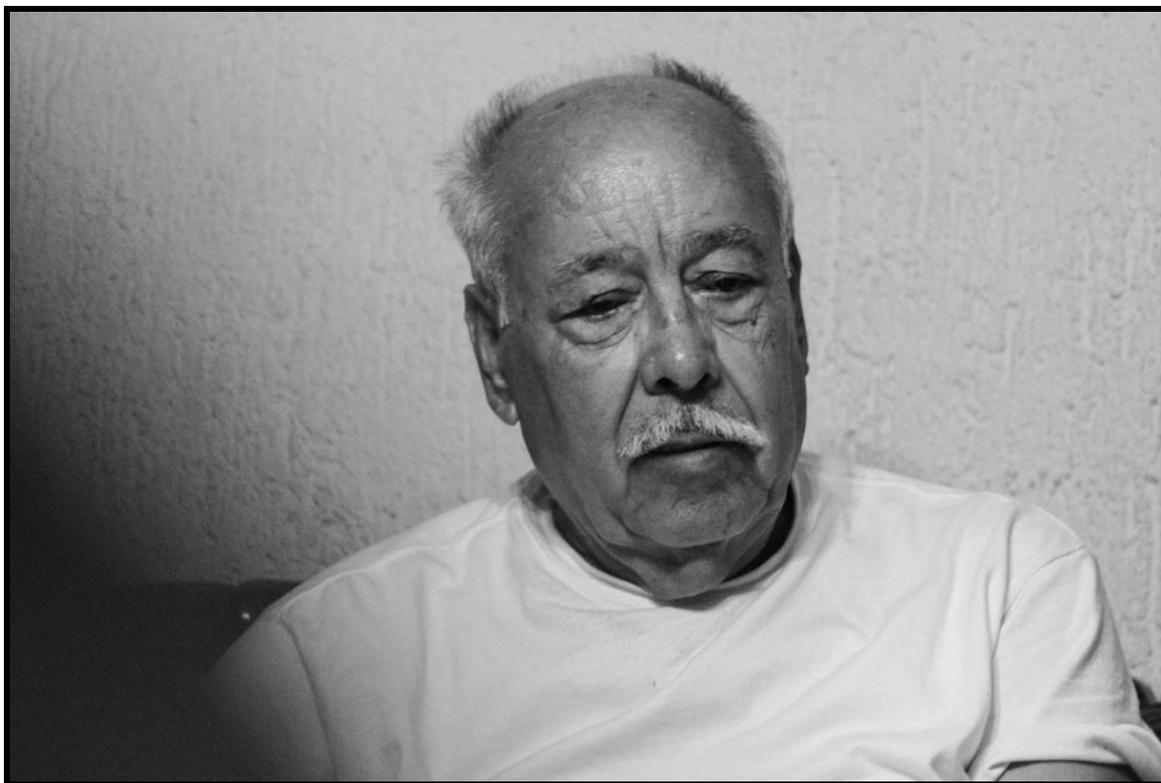
Silvia Velázquez Carpio a los cinco años de edad



A la derecha Monserrat Castro Velázquez, nieta del señor Jesús Velázquez en el interior de su casa en Río Bravo en el año de 1992



Exterior de la casa de la familia Velázquez Carpio el día 22 de abril de 1992



Arriba: el señor Jesús Velázquez Carpio. Abajo: la señora María Carpio



Arriba: Retrato de Hortencia Velázquez. Abajo: la señora María con sus hijas Silvia y Gabriela



Arriba: Jesús Velázquez Carpio. Abajo: Silvia Velázquez Carpio y su madre María Carpio



Arriba: El señor Jesús, su esposa e hijas Silvia y Gabriela. Abajo: Silvia Velázquez



Arriba: Silvia al exterior de la calle donde creció en Río Bravo 1456. Abajo: Silvia al exterior de la casa donde se mudó su familia después de las explosiones en Río Usumacinta 1328

Una madre lo da todo por un hijo

Es un sábado lluvioso, he quedado en visitar a Patricia Velázquez esa misma tarde, quien me compartirá la historia que vivió el 22 de abril de 1992, cuando la mitad de su casa se desplomó por la explosión del colector de drenaje, dejándola enterrada a ella y a su madre.

Hemos quedado en encontrarnos a las cinco de la tarde. Son casi las cuatro y aún no recibo el domicilio al que debo dirigirme. Observo el celular en un par de ocasiones y nada, así que decido llamarla.

Cuando obtengo la ubicación de su casa, el mapa marca el municipio de Ixtlahuacán de los Membrillos. Observo de nuevo la imagen de satélite desde el celular y sólo se ve un campo verde, ninguna casa. Decido confiar en el móvil y conduzco en la dirección que me ha enviado Pati, como la llaman sus familiares, quienes me han puesto en contacto con ella.

Conduzco por más de una hora, hasta que encuentro un cúmulo de casas; viviendas de una planta y todas ellas pintadas de colores amarillo y naranja. Un humilde fraccionamiento rodeado de campos de cultivo.

La lluvia ha cesado pero el ambiente sigue nublado. Busco la calle Sol. Cuando la encuentro me estaciono y volteo a ver a cuatro hombres que me observan con atención. Saben que no soy de la colonia. Uno de ellos se dirige hacia mí, me dice: “Buscas a Pati, es aquí enfrente”.

En medio de la calle hay un canal de agua, lo que me obliga a rodear la calle entera. “Pásate, está adentro”, me dice el mismo hombre.

Desde el interior de la casa dos niñas me miran y sonrían tan pronto pongo pie dentro. Pati dice: “Hola” y se apresura a recoger un puñado de ropa que está en el único sillón de la casa, también amarillo. “Ponle este cojín porque se hunde y siéntate”, afirma, también con una sonrisa en su rostro.

Conozco a los abuelos paternos de Pati. He platicado con ellos, semanas antes, sobre lo que vivieron ese mismo 22 de abril. En esa fecha Pati vivía en la casa marcada

con el número 1365 de la calle Río Bravo, junto a su madre María Guadalupe González García, su padre Fernando Velázquez Carpio y sus dos hermanos, Fernandito y Carlos. A unas puertas, en el número 1356, vivían sus abuelos Jesús y María, junto a ocho de sus hijos.

Hoy en día Pati tiene tres hijos: María Fernanda, de doce años; Santiago, de cuatro, y Valeria, que nació hace tan sólo un año. Junto a sus hijos y su actual pareja, Ricardo Sánchez, viven en la casa donde ahora me encuentro, en la calle Sol número 71, de la colonia Sabinos Cuatro, en el municipio de Ixtlahuacán de los Membrillos.

Le cuento que he escrito la historia de sus abuelos y sus tíos y que me importa mucho conocer lo que ella vivió. Le confieso que mi abuelo paterno era compadre de su abuelo Jesús; en fin, trato de darle las razones del porqué estoy recabando estos testimonios; del porqué revivir, hoy, un momento que sé que fue tan doloroso en su vida.

No necesita mis argumentos, es una mujer amable, toma una silla, sonrío de nuevo y se sienta frente a mí. Las dos niñas, que miraban atentas desde el fondo del cuarto, se levantan, una de ellas sale de la casa, es una vecina; la otra, Fernanda, se sienta en el piso, frente a su madre.

Esto es lo que recuerda Pati de aquel miércoles negro.

Pati y el miércoles negro

Cuando explotó yo tenía seis años. No recuerdo mucho de mi vida ahí, estaba niña. Lo que sí recuerdo es que me juntaba mucho con un amiguito que le decían Chucky. A Chucky lo encontraron enterrado el día de la explosión.

Un día antes, era martes, se decía que iba a explotar porque los baños de las casas olían mucho a gasolina. Mi mamá decía que no, que estaban pendejos —era mal hablada—, que no era cierto. De hecho, cuando percibo olor a gasolina aún me entra el miedo.

El miércoles 22 era cumpleaños de mi tía Maru, que vivía a media cuadra, en la casa de mis abuelitos. No había clases, eran vacaciones. Mi mamá me dijo: “Vamos a comprar un ramo de flores para tu tía”. Íbamos a comprarlo en el mercado pero al final no fuimos hasta allá.

Cuando regresamos a la casa yo estaba sentada en el sillón, sacándole punta a mis colores y viendo la tele. Estaba viendo *Dumbo*. Mi mamá estaba en la cocina, yo le decía que se viniera a sentar conmigo. Cuando vino, se fue la luz. Se comenzó a mover toda la casa, como si estuviera temblando y de repente se escuchó un trueno muy fuerte y ya no se vio nada. Todo quedó oscuro.

Recuerdo que mi mamá me tenía abrazada. Me sobaba mi mano, no dejaba de sobarme la mano. Yo no veía nada.

Pasó un rato, mucho rato, hasta que empecé a escuchar gritos. Oía los gritos de mis tíos y de mi papá. Yo escuché que la señora que nos ayudaba a limpiar la casa le dijo a mis tíos que nos habíamos ido al mercado, que no estábamos en la casa. Entonces se fueron a buscarnos para allá.

Después regresaron, los escuchaba gritar. Yo gemía y gemía. No podía hablar, si hablaba se me metía toda la tierra en la boca. Mi mamá seguía sobándome la mano.

En ese tiempo tenía un perro. El “Pinto”, se llamaba. Él también quedó enterrado. No sé cómo logró salir de entre los escombros. Salió y empezó a oler y a buscarnos. Fue cuando oí que alguien gritó: “¡Aquí están! ¡Aquí están!”

Empezaron a escarbar para sacarnos y fue entonces que mi mamá ya no se movió.

Cuando explotó mi madre me tenía en sus piernas, abrazada. Con todo su cuerpo me tenía tapada. A ella es a quien le cayó toda la casa encima. Dicen que yo no tenía ni un rasguño.

Mi mamá estaba embarazada en ese entonces, decían que iba a tener gemelitos.

No recuerdo más de cuando me sacaron. Lo tengo borrado. Durante mucho tiempo me llevaron al psicólogo, yo no sé si eso hizo que se me borrarán las cosas.

Lo siguiente que recuerdo es que me llevaron a casa de una tía que vivía por la Experiencia, un barrio cercano al Templo de los Hermanos.

A los pocos días mi padre y mis hermanos vinieron a casa de mi tía. Yo le preguntaba si habían ido a traer a mis hermanitos. Pensaba que a mi mamá la había llevado a dar a luz. Mi papá y mis hermanos me abrazaron, me abrazaron y me abrazaron y lloraron. Lloraban mucho. A partir de ahí se me cierra todo, no recuerdo más.

No sé cuándo me dijeron que mi madre había muerto. Yo no estuve en el velorio ni en el entierro. No supe nada. Dicen que yo tenía *mamitis* y que no supieron cómo darme la noticia.

Al poco tiempo me fui a vivir con mis abuelos. Rentaron una casa a la vuelta de donde había explotado. Me daba terror ver la tele, pensaba que la tele era la que explotaba.

Recuerdo que la primera navidad fue muy triste. No había dinero para regalos.

Durante años mi tía Irma, que vivía en casa de mis abuelitos, siempre me trató como una madre, me daba todo, prácticamente me adoptó. Ahí viví con ellos hasta que entré a la prepa y me empezó la pinche loquera. En la prepa valió madre. Entré al Colegio Anáhuac y de ahí me expulsaron. Me cambiaron de escuela pero también me corrieron. Nunca acabé la prepa.

A los dieciocho años me fui a vivir con una tía, en la colonia donde explotó. A esa edad salí embarazada. Me junté con el padre de mi hija, pero no nos fue bien. Cuando murió el padre de mi pareja él empezó a pistear, se hizo bien borracho. Mi hija fue la que un día me dijo: “Ya no quiero vivir con mi papá”. Eso me hizo entender.

Fernanda, quien ha estado sentada en el piso, justo frente a su madre, escuchando cada palabra que ha dicho, por primera ocasión, cuando Pati habla de su padre, hace un gesto de disgusto que no puedo obviar. La miro y es ella quien se adelanta a cualquier pregunta: “Un día llegó bien tomado y me rompió todos mis juguetes”.

Cuando le pido a Pati que me cuente cómo fue convertirse en una madre, dice:

Nadie creía que yo iba a poder con la responsabilidad. Decían que iba abortar, pero no lo hice.

Cuando mi niña Fernanda cumplió seis años me entró un miedo. Mi mamá quedó huérfana a los seis años y yo quedé huérfana a los seis años.

Su voz se entrecorta, un par de lágrimas corren por su rostro y como puede sigue hablando.

No quiero nunca faltarle a mis hijos. Siento que si les faltó, no sé... Quiero que no les falta nada, que no les pase lo mismo que a mí.

Pati rompe en llanto, se desmorona. Mi mirada queda clavada al suelo. No creo que existan palabras que puedan dar consuelo a lo que acaba de decir. Estoy atónito, al igual que su hija Fernanda.

Aquel hombre, que minutos antes había señalado dónde encontraría a Pati, hace unos minutos que entró en la casa y está sentado en el sillón, justo a un costado de mí. Su nombre es Ricardo Sánchez, la pareja de Pati y padre de Santiago y Valeria. Es él quien toma la palabra, entre el llanto de Pati, que aún no cesa.

Me entero, en ese momento, de que Ricardo es también un sobreviviente de las explosiones del 22 de abril. Era vecino de Pati, en la misma calle Río Bravo. Su casa estaba ubicada en el número 1137. En ese entonces Pati y Ricardo aún no se conocían, aunque en sus historias existen muchas similitudes.

Ésta es la historia de Ricardo en aquel miércoles trágico.

En aquel tiempo yo tenía ocho años. Nuestra calle era empedrada. Era bien vago, me la pasaba en la calle, en el barrio. Unos días antes de la explosión mis hermanas habían llegado de la playa y dejaron sus maletas en el cuarto.

El día que explotó había venido un amiguito a buscarme para salir a la calle a jugar, le decían Chucho. Yo estaba castigado, por eso no me dejaron salir. Me enojé y me metí debajo de la cama.

Recuerdo que se escuchó un tronido bien fuerte y de repente ya no vi nada. Todo era negro. La casa se vino abajo.

Mi madre quedó enterrada en la cocina junto con una hermana. Mi otra hermana, Ana Lilia, quedó enterrada hasta el pecho, ella es quien pudo decir dónde estábamos.

Yo escuchaba que mi mamá gritaba: “Ricardo, no pasa nada, ahorita nos van a sacar”. No entendía qué sucedía. A mí me protegió la cama, no tenía golpes y al lado de mí voló la ropa que estaba en las maletas de mis hermanas. La ropa me dejaba respirar porque no tenía la cara llena de tierra.

Escuchaba a vecinos que me gritaban: “¡Ricky! ¡Ricky! ¡Ricky!” Yo les contestaba: “Aquí, aquí”.

Cuando me sacaron me pusieron una sábana encima para protegerme del sol. No entendía qué pasaba, no veía nada.

Cuando me subieron a una ambulancia me quitó la sábana que traía encima y ahí estaba mi mamá, la veía toda ensangrentada, en una pierna tenía un hoyo enorme.

Yo preguntaba qué había pasado, pero nada más me decían: “Ya todo está bien”.

Chucho, mi amigo que fue a buscarme esa mañana, murió en la esquina de la casa.

Mi hermana y mi mamá sobrevivieron. Nos fuimos a vivir a la colonia Atlas. Años después regresamos al barrio. Mi papá levantó de nuevo la casa y ahí crecí toda mi vida.

Hace seis años que Pati se separó del padre de su hija Fernanda. Cuando Ricardo se enteró de ello comenzó a buscarla. Le ayudó a rentar una casa. En palabras de Pati: “Ricardo fue quien me ayudó a salir adelante, cuando estaba muy mal”.

Ricardo y Pati sobrevivieron a aquel miércoles negro, y desde hace cinco años están juntos, comparten la misma historia y, aún más importante, comparten hoy una vida juntos.

Hace un año regresaron a Guadalajara, después de intentar suerte en Tijuana. Se habían mudado allá con la promesa de que Ricardo encontraría un buen trabajo, pero el clima de la frontera hizo que su hijo Santiago desarrollara asma, por eso decidieron regresar.

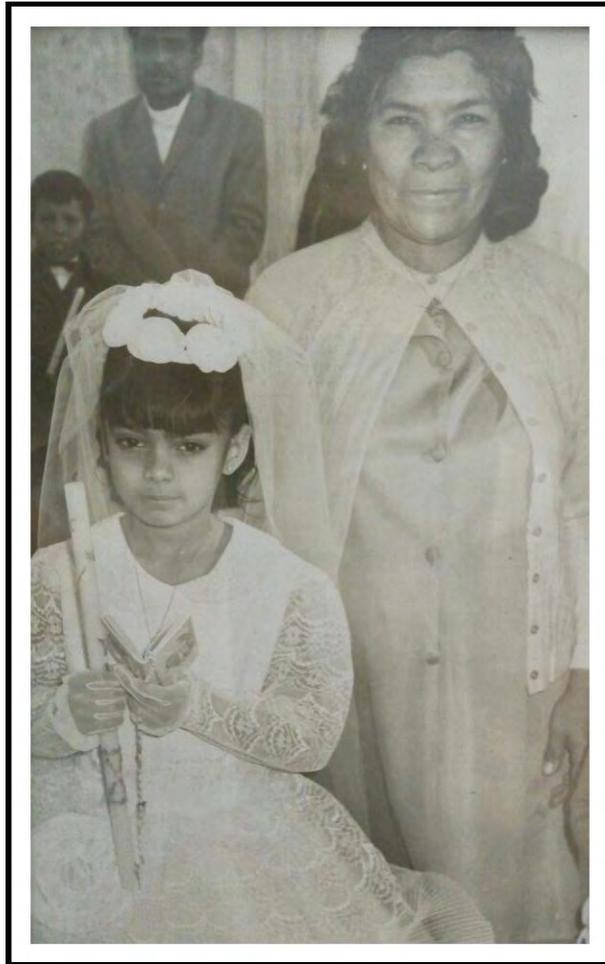
La casa en la que viven hoy se las prestó una hermana de Ricardo. Esperan no vivir mucho tiempo ahí pues, dicen, todo les queda muy lejos.

Ricardo es transportista, ha viajado por todo el país y el lugar que más le gusta es Chetumal. “El sur de México es bonito”, me dice.

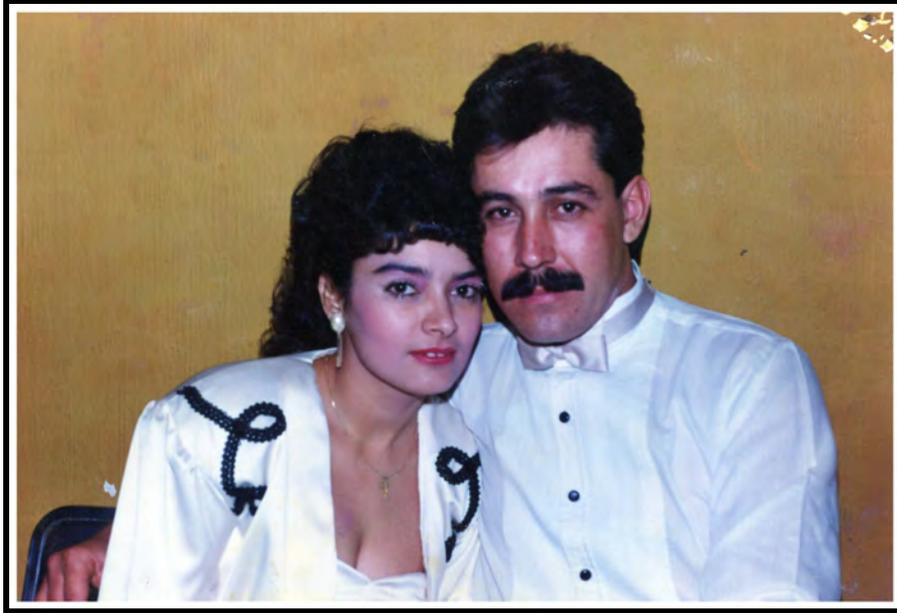
Hace una semana que Pati empezó a trabajar en una empresa ensambladora de piezas automotrices, Yazaki. Su horario de trabajo es de seis de la mañana a las dos de la tarde. A las cinco de la mañana se sube a un autobús que la lleva a la empresa. Confiesa que está emocionada con su nuevo empleo. Cree que pronto podrá tramitar un crédito para una casa propia.

En todos estos años Pati nunca ha soportado la oscuridad, duerme con la luz encendida. Tampoco puede subirse a un elevador o estar en un lugar encerrado, por ello siempre deja la puerta de su habitación abierta.

Le pregunto a Pati y a Fernanda si puedo tomarles un par de fotos, cuando entra corriendo su niño Santiago, me mira y voltea a ver la cámara, entonces, con toda inocencia dice: “Ven, tómame una foto afuera, con el arcoíris”.



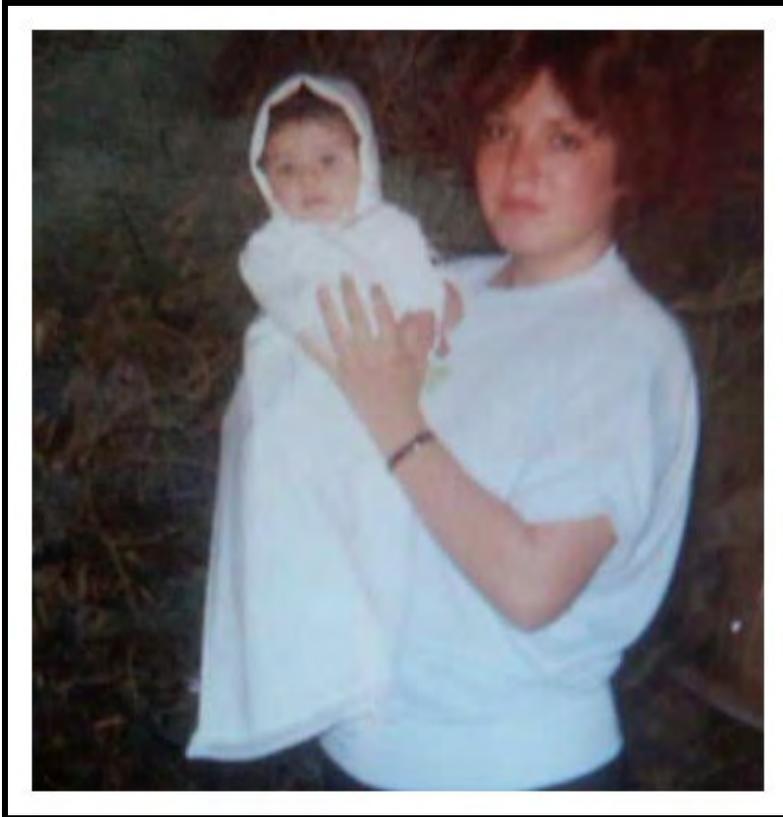
María Guadalupe González, madre de Pati, el día de su primera comunión



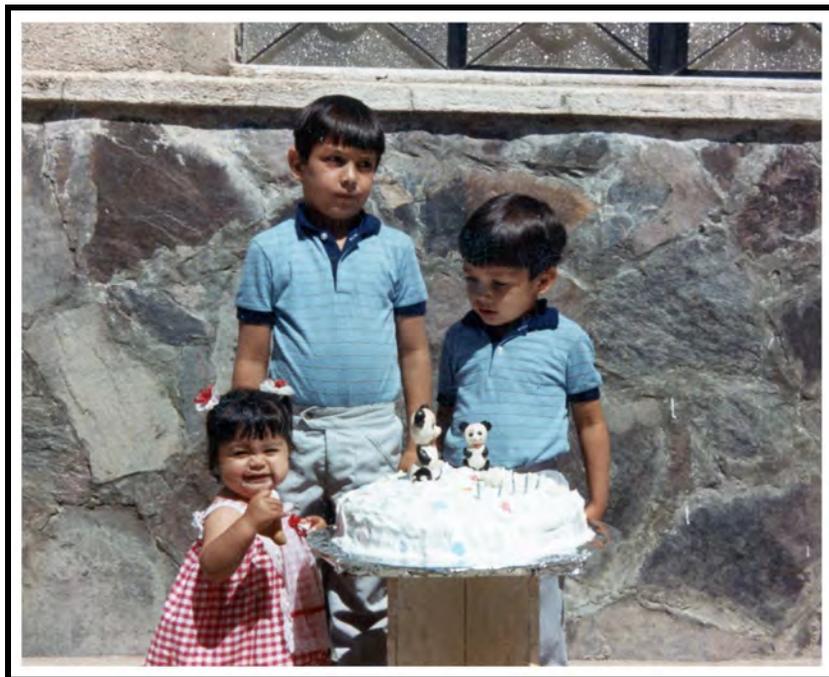
María Guadalupe González y Fernando Velázquez Carpio



María Guadalupe González con su primer hijo: Fernando



Patricia Velázquez González a los meses de nacida



Patricia y sus hermanos, Fernando y Carlos



Patricia Velázquez a los seis años de edad



Tania Libertad abraza a Patricia Velázquez antes de un concierto de beneficencia para los damnificados de las explosiones que dio la cantante en el Teatro Degollado en 1992



En memoria a María Guadalupe González García; el texto fue escrito por su familia el día de su entierro



Patricia Velázquez González y su hija Valeria



Arriba: Ricardo Sánchez y su hija Valeria. Abajo: María Fernanda, hija de Patricia



Arriba: Santiago. Abajo: Pati, Ricardo y Fernanda



Pati y sus hijas: Valeria y Fernanda



Pati, su hijo Santiago y vecinos de la colonia

Rosa, flores y un milagro

En el exterior de la finca marcada con el número 116 A de la calle Río Poo en su cruce con Río La Laja hay una lona blanca, notoriamente desgastada, en la que se lee: “Estética Unisex Rosy”.

El inmueble es una casa pintada de color naranja. La primera planta ha sido convertida en un local comercial en el que Rosa Flores ha montado su estética. En los últimos veinte años Rosa ha sido la estilista por elección de los vecinos de las colonias Quinta Velarde y Olímpica. Sin embargo, su carrera como estilista es más longeva, supera la treintena de años y su estética, hace veinticinco años, estaba ubicada a tan sólo unas cuadras de ahí: en la calle Río Bravo, número 1139, hasta que un día 22 de abril su negocio quedaría en ruinas.

El día en que visito a Rosa me acompaña Silvia Velázquez Carpio, una sobreviviente de las explosiones del 22 de abril, con quien he estado platicando el último par de semanas sobre la historia de su familia durante aquel trágico día. Silvia y Rosa se conocen desde hace más de cuarenta años, eran vecinas de la calle Río Bravo.

Me han relatado, en la casa de la familia Velázquez Carpio, que la historia de Rosa y sus hijos es más que sorprendente, casi de ficción. Silvia está segura de que Rosa nos contará de su propia voz lo que sucedió aquel día, por ello ha aceptado acompañarme.

Cuando llegamos a la estética, Silvia es la primera en atravesar una puerta que es difícil de descubrir entre aquel cancel de varillas negras que dan al lugar la apariencia de una tienda de abarrotes. Cuando entro, mi vista queda clavada en una imagen de Marilyn Monroe que cuelga en el muro detrás de una mujer de la que puedo intuir es la que venimos a buscar.

En el muro de la izquierda hay un dibujo a lápiz de Marilyn Monroe y, al fondo, otra fotografía de la actriz que fue ícono del cine estadounidense en los años sesenta. No es difícil deducir la admiración que guarda Rosa por Monroe. Es entonces que Silvia

me presenta: “Este chico está haciendo una investigación para el ITESO; está recabando testimonios de sobrevivientes de las explosiones”. Rosa me mira con cierto escepticismo y lanza la pregunta al aire: ¿Qué quieres saber?

Sé que los hijos de Rosa sobrevivieron a las explosiones de una manera sorprendente. Me lo ha contado, días atrás, el padre de Silvia. No voy directo a ese tema, le pregunto por su salón de belleza, por Marilyn Monroe y qué es lo que más le gusta de ser estilista.

Me cuenta que antes trabajó como secretaria bilingüe en una constructora y después lo hizo en el Ayuntamiento de Zapopan, en la Dirección de Obras Públicas. “No quería ser siempre una empleada”, me dice. Se matriculó a la Escuela Nocturna, donde estudió la carrera de cultura de belleza, a finales de los años ochenta. “En aquellos tiempos estaba de moda el corte de honguito y los peinados de cola de pato”, concluye.

Abrió su negocio años después, la Estética Rosy (llevaba el mismo nombre que ahora tiene), en ese entonces se ubicaba en la misma casa donde vivía, junto a su hermano, su esposo, Ramón González y sus dos hijos, Mayela e Iván González Flores, en la calle Río Bravo 1139, en la colonia Quinta Velarde del sector Reforma de Guadalajara.

Rosa contesta la pregunta que le había hecho: “A mí me gusta todo de mi trabajo. Corto el pelo, peino, hago delineado permanente de cejas y labios. Siempre me gustó Marilyn Monroe, me parece el ángel de las estéticas, por bonita, por sus modas, porque es un símbolo de la mujer”.

El 22 de abril de 1992 Rosa tenía treinta y un años —ahora tiene cincuenta y seis—, Iván hacía tan sólo cinco meses que había nacido y su hija Mayela tenía tres años de edad.

Recuerda que un día antes de las explosiones había personal del SIAPA destapando las alcantarillas de su calle. Esas mismas personas le dijeron a Rosa y a los vecinos que todo estaba bien, que las cosas estaban bajo control.

Es entonces cuando ella, por su cuenta, comienza a hablar sobre lo que sabe he

venido a preguntarle: “Mira, lo que pasó es lo siguiente”:

Habla Rosa

El 22 de abril salí temprano para llevar a mi hijo con el médico. Cuando regresé me estacioné frente a mi casa. Dentro del carro dejé al bebé. Me bajé y abrí la puerta. Para poder abrir mi negocio tenía que ingresar por la propia casa. Cuando me doy cuenta, mi niña Mayela venía siguiéndome. Estaba entrando a la estética cuando de repente se desploma todo.

Quedé enterrada, todo mi cuerpo estaba bajo tierra, sólo tenía la cabeza de fuera. Recibí un fuerte golpe en la cabeza. Estaba aturdida, no escuchaba nada, aunque muchos cuentan que por minutos no se escuchó nada, hubo un silencio total después de la explosión. No sabía qué sucedía. Cuando miré en dirección a donde estaba el carro estacionado sólo escombros.

Estuve enterrada por más de una hora. Mi hermano acababa de salir a trabajar. Cuenta que iba pasando por un molino que había en la colonia, pensó que lo que había explotado era el molino. En ese momento se regresa a la casa.

Cuando mi hermano regresó, gritaba: “Manita, manita yo te voy a sacar, espérame, espérame”.

A Rosa se le corta la voz, sus ojos se ponen brillosos y me dice: “Cuando cuento esto me da por llorar”. Continúa...

Yo intentaba salir, pero no podía moverme. Mi hermano y unos vecinos como pudieron escarbaron y fueron ellos quienes me sacaron. Cuando salgo, no podía caminar. Se me rompieron todos los ligamentos de una rodilla. Yo gritaba: ¡Mis hijos! ¡Mis hijos! Me arrastraba llorando en el suelo, me jalaba las greñas. Lloraba y lloraba de ver todo aquello desbaratado.

La gente comenzaban a gritar: “Vámonos, vámonos, va a seguir explotando”. Yo

sólo quería encontrar a mis hijos.

Me subieron a un carro, era un Grand Marquis y me llevaron a La Nogalera, ahí me vio un médico. Un vecino con el que me fui me dijo que se iba a regresar al barrio a ayudar a sacar gente.

Recuerdo que una señora se me acercó y me repetía: “Pídele al Corazón de Jesús por tus hijos, pídele al Corazón de Jesús”. Yo decía, Corazón de Jesús, no te conozco pero ayúdame, ayúdame por favor.

En La Nogalera comenzaron a decir que iba a explotar. Al carro en el que veníamos se empezó a subir gente; se subieron niños y a mí pusieron en el asiento del copiloto. Seguían gritando que iba a seguir explotando. No había quién manejara el carro. Con el pie que no tenía malo empecé a pisar el acelerador y me dije, en el nombre sea de Dios. Agarré el carro y me fui manejando rumbo al aeropuerto. Yo manejaba y me escurría sangre por la cabeza.

Seguí manejando hasta El Zapote. Traía niños que eran hijos de vecinos. Como a cinco niños llevaba y otras vecinas. Llegué hasta El Refugio.⁵ Ahí estaba mi hermano y unas conocidas. Una de las señoras me dice: “Se salvaron tus hijos”. Yo no le creía. Mi hermano entonces me lo repite: “Sí, tu hijo se salvó, trae una camiseta azul y un pantaloncito azul rey”.

Yo estaba toda golpeada. Mi hermano me tomó y me llevó al Hospital Militar. Para ese entonces ya eran como las seis de la tarde. La explosión fue a las diez de la mañana. En el hospital me atendieron y me preguntaron cuál era mi nombre, ahí me dijeron que a mis hijos los habían llevado a ese mismo hospital. Que los niños estaban bien. A Iván lo había recogido una hermana mía y a la niña, mi esposo.

No me caía el veinte de lo que había pasado. Hasta en la noche me enteré que había sido una explosión. Esa misma noche llegó al hospital el presidente Salinas de Gortari y el gobernador Cosío Vidaurri. Me preguntaron qué era lo que quería. Yo lo único que quería era ver a mis hijos. Salinas dijo: “Mañana a primera hora le traen a sus hijos”.

⁵ El Refugio es una localidad del municipio de Tala, Jalisco.

Al día siguiente cuando vi a mi hijo, era un mono lleno de yesos. No volví a ver mis niños hasta los ocho días que me dieron de alta.

Mayela quedó atrapada en un ropero

Mi esposo trabaja en una empresa de Panamericana. Después de la explosión no dejaron salir a los trabajadores de la empresa por más de una hora. Cuando pudo, mi esposo llegó corriendo al barrio. Ahí le dijeron que ya me habían sacado pero que no encontraban a los niños.

Ramón, mi esposo, como loco, buscaba entre los escombros, gritaba: ¡Mayela! ¡Mayela! ¡Mayela! Me contó después que la niña le contestó: “Acá toy, papi, acá toy, papi”. Él y unos vecinos quitaron escombros hasta que sacaron a la niña. La casa estaba totalmente derrumbada.

Mi hija Mayela acababa de entrar a la casa cuando explotó. Había un ropero sobre el que cayó una losa de concreto justo donde estaba la niña, pero la puerta del ropero se abrió con la explosión y formó una especie de casita que contuvo la losa. La niña quedó protegida por el ropero y cuando la encontraron sólo tenía raspaduras en una mano.

Iván, el Niño Milagros

Por horas mis vecinos, mi esposo y otros familiares estuvieron buscando a mi niño Iván. Un sobrino que vivía por ahí, Édgar, fue quien escuchó unos gemidos que provenían de una azotea de una casa que no se había derrumbado por completo.

Cuando explotó el carro salió volando y cayó en el techo de una casa. El niño salió disparado al exterior del vehículo y cayó justo en el pretil de la azotea de la casa al lado donde estaba el carro, en un segundo piso.

Al bebé lo encontraron alrededor de las tres de la tarde (cinco horas después de la explosión), estaba todo quemado por el sol, aún no puedo creer cómo no se cayó de

ahí arriba o cómo no le cayó nada encima que lo aplastara.

Cuando bajaron a mi niño de la azotea se lo llevaron unos judiciales al Hospital Militar. Lo dieron de alta el mismo día, antes de que yo llegara ahí. Se lo entregaron a una hermana. Más tarde ella lo llevó a la Clínica Catorce, ahí se dieron cuenta de que el niño tenía fractura de fémur.

En la colonia le pusieron a mi hijo “el Niño Milagros”.

Me toma minutos asimilar lo que acaba de contarme, estoy pasmado, mudo. En ese momento Rosa se dirige a una mujer de unos veinticinco años que ha estado sentada a su lado todo este tiempo y quien resulta ser la esposa de Iván, “el Niño Milagros”. “Búscame aquí en el celular una foto de cuando están bajando al niño de la azotea”, le dice Rosa a la mujer, cuyo nombre me entero después es Rubí Flores.

Me muestran una foto en la que un hombre sostiene a un bebé, no se percibe el rostro, sólo se ve un hombre con un bulto en una azotea, al menos a cinco metros de altura. Alrededor, una decena de personas observan la hazaña, entre escombros y el carro que salió disparado.

“¿Qué más quieres saber?”, me pregunta Rosa. No tengo palabras. Observo la foto una y otra vez y lo único que digo: “Fue en verdad un milagro”.

Después de las explosiones Rosa y toda su familia se mudaron a una casa de interés social, la cual, por fortuna, habían comprado antes de las explosiones, en la colonia Lomas Independencia.

En palabras de Rosa: “De repente te quedas sin nada. Vuelves a empezar de cero. Por mucho tiempo te quedas con un miedo que no te abandona, con una sensación de que volverá a explotar en cualquier momento. Lo más difícil es volver a integrarse. Por meses estuve en silla de ruedas. Extrañaba mucho volver a trabajar”.

Cuando le pregunto sobre la indemnización que recibieron meses después a las explosiones contesta: “Ni el gobierno federal ni estatal se hicieron responsables. Lo que nos dieron nos lo entregaron en calidad de donación. Nos dieron dinero por la casa, por el negocio y menaje. Ese dinero no nos daba para volver a construir la casa. La casa

era de mi hermano, él se fue a vivir a otro lado”.

Me explica después que existe un fideicomiso del 22 de abril, del que se paga una pensión a los lesionados. A Rosa le corresponden siete mil doscientos pesos mensuales. Ha sido sometida a cuatro operaciones de rodilla. Dice ser candidata a una prótesis, pero ella prefiere que no se la coloquen.

Cinco años después de las explosiones reabrió la Estética Rosy, justo donde hoy estamos sentados. Sus dos hijos están casados. Iván tiene un niño de seis años que lleva el mismo nombre y apellidos que su padre. Él y su familia viven en la calle Río Bravo, número 1139, en el mismo lugar donde hace veinticinco años salió disparado y milagrosamente sobrevivió a la desgracia.

El esposo de Rosa, quien ha estado sentado a nuestro lado durante todo este tiempo, en el que no se ha sumado a la conversación, se despide amablemente y se sube al taxi en el que trabaja.

Rosa lo despide con un beso y voltea a verme para decirme: “Nuestro barrio nunca volvió a ser el mismo. Éramos humildes, pero felices. Los niños jugaban en la calle. Los vecinos nos cuidábamos. Nos destruyeron lo que más queríamos”.

El 22 de abril de 2016, a veinticuatro años de haber sucedido las explosiones, Rosa subió a su perfil de Facebook una fotografía de lo que quedó de su casa aquel día y junto a la foto escribió:

Señor, hoy y todos los días de mi vida estaré eternamente agradecida porque dejaste con vida a mis hijos y a mí. Sólo tú sabes la misión que tenemos que cumplir. Que sea tu voluntad. Te pido por tanta gente desaparecida, muerta y por aquellas que quedaron desamparadas; los niños que murieron, mis vecinos y otra gente. Por negligencia del gobierno sufrimos esas terribles explosiones del 22 de abril de 1992. Así quedó mi casa y hoy admiro cuán grande fue tu amor para con los míos. Te amo Dios. En el nombre del padre, el hijo y el espíritu santo. Amén.



De izquierda a derecha: Jorge, Martha y Rosa Flores, en el exterior de su casa, ubicada en Río Bravo
1139. Archivo de la familia



Rosa Flores en los tiempos de estudiante de cultura de belleza. Archivo de la familia



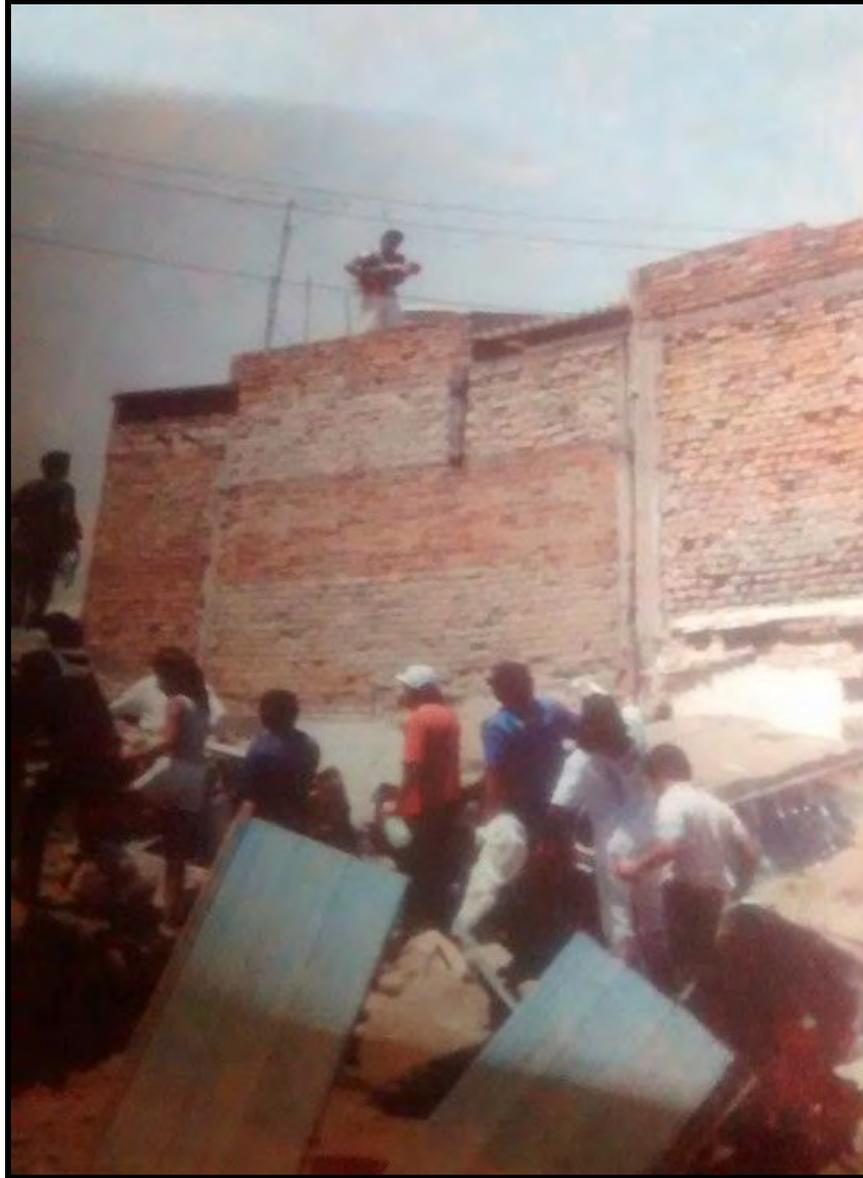
Iván González Flores, a los cinco meses de edad. Archivo de la familia



Mayela González Flores, a los tres años de edad. Archivo de la familia



Exterior de la casa de Rosa Flores, en Río Bravo, número 1139, después de la explosión del día 22 de abril de 1992. Archivo de la familia



Momento en que Iván González Flores, de cinco meses de edad, es rescatado de la azotea en la que cayó después de la explosión del 22 de abril. Archivo de la familia



Rosa Flores en su salón: "Estética Rosy"



Frente a mí: Una calle volando en pedazos

Alejandro Aguilar es ingeniero mecánico, egresado de la Universidad de Guadalajara y dueño de un pequeño negocio dedicado a la reparación de suspensiones de automóviles. Su taller está ubicado en la calle 20 de Noviembre, en el número 221, en el barrio de Analco. En la fachada del lugar, pintada de rojo carmín, cuelga un letrero con la leyenda: “Servicios Mecánicos”.

Antes de ser dueño de su propio negocio, Alejandro trabajó como empleado en la cervecería Moctezuma, también laboró en Aeroméxico, hasta que comenzó a trabajar en un taller de torno, de un conocido suyo. En ese entonces tenía 33 años, vivía en el número 233 de la calle Antonio Bravo, en el barrio de Analco, junto a su padre. Su madre había muerto cuando él cumplió los 32 años.

En el año de 1995 emprendió su propio negocio. La mecánica fue siempre lo suyo pero el terreno en el que edificó el taller no siempre lo fue; antes perteneció a su hermana, ahí vivía ella junto a su esposo y sus dos hijas, hasta que un día 22 de abril de 1992 la casa se desplomó.

Alejandro Aguilar es un sobreviviente de las explosiones que tuvieron lugar en el sector Reforma de Guadalajara. Su historia, al igual que la de cientos de sobrevivientes, es estremecedora. Resulta difícil de creer que saliera ileso de la explosión que con sus propios ojos vio venir directamente a donde él se encontraba, aquella mañana.

Ésta es la historia de Alejandro, en sus propias palabras:

Días antes a las explosiones salía un tipo de vapor de las alcantarillas. Por las noches pasaban camiones de bomberos con las farolas prendidas, se estacionaban y cerraban algún cruce de la calle Gante, traían un aparato que metían en las alcantarillas. Por el día se veían cuadrillas del SIAPA en la colonia pero nadie sabía bien lo que realmente sucedía.

El 22 de abril salí temprano a unos mandados en una moto que tenía. Regresé a casa, desayuné y dejé la moto. Tomé mi camioneta, iba manejando por la calle 20 de

Noviembre y antes de dar vuelta en la esquina, en dirección a la calle 28 de enero, fue que sucedió la explosión. Yo alcancé a ver que la trayectoria de la explosión venía hacia mí, fue un instante, pero la vi. Cuando conduzo yo miro hacia adelante, frente a mí venía una calle volando en pedazos.

No he podido encontrar en toda mi vida un ruido como el de aquel día. Fue un ruido ensordecedor. Uno está familiarizado con ciertos sonidos, los conoce, incluso, por las películas, pero nunca he escuchado nada parecido. No te puedo decir sonó como dinamita o como un derrumbe. Fue un sonido que no se puede explicar.

Al momento del estallido yo me sujeté del volante. La camioneta salió disparada conmigo adentro. Sentí como cuando te toman entre varias personas y te avientan al aire; la misma sensación del ascenso y descenso, aquí, en el estómago. La camioneta voló al aire y cayó entre el boquete de calle.

Después de la explosión no sentía nada, pero tampoco sentía dolor alguno. De hecho, con mis rodillas rompí el tablero de la camioneta. Eso sí, tenía los ojos cerrados, estaba tenso. Cuando abrí los ojos se veía todo café. Creí que estaba sepultado. Inmediatamente pensé: explotó el drenaje. Lo relacioné con otra explosión que había ocurrido en la calle Sierra Morena, un par de años antes.

A la vez que intentaba entender lo que sucedía, me preguntaba qué hacer. Lo primero que hice fue tomar mis cosas, traía una chamarra en el carro, amarré las mangas para usarla como bolsa, ahí puse todo lo que traía.

Las ventanas de la camioneta estaban cerradas. Tomé una herramienta que traía bajo el asiento y pensé en romper uno de los cristales de la camioneta para intentar salir, en eso estaba cuando de repente vi una línea café que venía descendiendo, era la nube de tierra. Cuando vi el cielo, sentí un alivio, me dije: No estoy sepultado.

Cuando la nube de tierra se calmó quedé totalmente impactado. En un momento todo se veía bien y en segundo ya todo estaba destruido. Te das cuenta de que aquello estuvo duro.

Se empezaron a escuchar las fugas de gas de los cilindros de las casas. Algunos de estos cilindros salieron disparados. Se escuchaba el chiflido del gas saliendo de los

tanques. En ese momento sentí mucho miedo. En el mismo momento me doy cuenta que hay unos cables de luz tirados a un lado de la camioneta. Me sentí peor. Me quedé tieso, como estatua. Seguía dentro de la camioneta.

Empecé a escuchar voces de la gente. En ese momento entré en razón que la camioneta tenía una ventanilla corrediza en la parte trasera, por ahí me salí. Me paré en la caja de la camioneta y es entonces cuando escucho personas que gritaban “Allá está otro, y por allá otro”. Esas personas estaban cerrando los cilindros de gas.

Cuando me bajo de la caja de la camioneta, veo a un muchacho, a escasos dos metros de distancia, la mitad de su cuerpo estaba sepultado entre los escombros y ensangrentado de la cara.

Llegó un señor y me pregunta: “¿Cómo estás?” Creo que bien, le contesté.

El muchacho que estaba enterrado venía en una bicicleta. La bicicleta estaba partida en dos, a unos pasos de donde lo encontramos. Estaba inconsciente. Entre el señor y yo empezamos a quitarle los escombros que tenía encima. En eso estábamos cuando se empezaron a escuchar muchas sirenas. Yo pensé: mejor no lo movamos y esperemos a que lleguen las ambulancias.

Cuando estábamos desenterrando al muchacho me di cuenta que tenía un dedo totalmente hinchado, estaba quebrado.

Llegó un bombero y dijo que el muchacho estaba respirando. Quería quedarme a ayudar pero también quería regresar a mi casa a buscar a mi padre. Me imaginaba que todo el barrio estaba desbaratado. Como pude caminé entre los escombros, entre cables, hasta llegar a la esquina de mi casa sobre la calle Antonio Bravo. Ahí me doy cuenta que esa calle no había explotado. Me descontroló, no ubicaba la realidad. Me quedé paralizado. La gente corría por todos lados, había heridos por todos lados, era el caos total.

Me encontré a unos vecinos y me preguntaron: “¿Cómo estás?”, yo les contesté, pues creo que bien. “Ya te viste la cara”, me dijeron. Yo seguí caminando rumbo a mi casa hasta que me encuentro a mi papá y me pregunta qué pasó. Explotó, le contesté.

Mi papá inmediatamente me dijo: “Vamos a buscar a tu hermana”. Mi hermana vivía en la calle 20 de Noviembre, en el número 521, donde ahora tengo mi taller.

Cuando entro a mi casa y me veo en el espejo me doy cuenta que me escurría sangre de la cabeza. Como pude me lavé la cara, aunque yo estaba todo lleno de tierra. No miento, no me dolía nada.

Yo y mi padre nos fuimos a casa de mi hermana. Nos encontramos que la mitad de la casa estaba desbaratada, pero no se había caído por completo. Mi hermana estaba en la Ciudad de México en esos días. Dentro de la casa estaba una sobrina y mi cuñado. Los dos estaban muy nerviosos pero totalmente ilesos.

Mi cuñado sacó las cosas importantes: papeles y cosas de valores y cerramos el tanque de gas. La losa de la casa cayó sobre el cancel de la entrada, por eso no se derrumbó por completo. Aseguramos el cancel de la casa con alambre, porque andaba mucha rapiña y nos fuimos a casa de mi padre.

Una hora después yo regresé a la casa de mi hermana para sacar ropa. En la esquina de la calle 20 de Noviembre había un hombre, yo creo que era un judicial, el tipo no me quería dejar pasar y yo lo aventé, ya andaba cargado de adrenalina. Le dije: Ahí es casa de mi hermana, necesitamos sacar ropa para mis sobrinas. Después de forcejear me dejaron entrar.

Después de tomar ropa para mis sobrinos fui a donde estaba mi camioneta. Estaba en medio del hoyo que quedó a media calle. Quería quitarle unos accesorios que tenía. Estaba intentando abrirla cuando un bombero llega y me pregunta: “¿Qué estás haciendo?” Quiero sacar las cosas de mi camioneta, la abrí, saqué la tarjeta de circulación y mi licencia para comprobar que era mía.

El bombero me pregunta: “¿Tú venías aquí? ¿No te pasó nada?” Gracias a Dios aún estoy vivo, le contesté. Se acerca un hombre de protección civil y me pregunta: “¿No viste si venía más gente por aquí, caminando o manejando?” En esta calle yo soy el único que venía manejando pero recuerdo que exactamente aquí había una señora vendiendo menudo y había otra mujer comiendo justo abajo de la banqueta.

Los parientes de la señora que vendía menudo estaban buscándola. Me preguntaban una y otra vez si estaba seguro. Yo les decía que estaba seguro, que ahí las vi antes de explotar.

Días después me enteré que a la señora que vendía menudo la encontraron bajo los escombros. La señora estaba quemada. Le cayó la hoya del menudo encima, pero viva. La otra señora la sacaron muerta.

Había mucha gente buscando cuerpos. En esta calle vivía mucha gente adulta, sus familiares estaban buscándolos. Para ese entonces a mí ya me dolía todo el cuerpo, todo me dolía.

Regresé a mi casa, ahí es cuando te cae el veinte de que no hay nada que puedas hacer. Quise ir a ayudar pero ya no podía, mi cuerpo ya no daba para más. Mi padre me decía que fuera al hospital, pero yo decía: Van a hacer falta doctores en la ciudad con tanto herido.

Esa misma tarde comenzamos a ver que llenaban camionetas de cadáveres, los tapaban con plásticos negros y se los llevaban.

Una vecina tuvo que ir a identificar los cuerpos de su esposo y su hijos, los tenían en el CODE, recostados en el piso, desnudos. Ella misma cuenta que se veían cientos y cientos de muertos ahí.

El gobierno dijo que habían muerto doscientas personas. Los que vimos con nuestros ojos lo que sucedió sabemos de la mentira de ello.

Cuatro años después de las explosiones Alejandro se casó. Tiene tres hijos, el mayor de ellos de 21 años.

Su padre falleció años después, él se quedó viviendo en la misma casa de su infancia, ahora junto a su familia.

Abrió su taller mecánico donde antes fue la casa de su hermana. Por algunos años un sobrino trabajó ahí. Hoy, él lo administra y él mismo repara los carros que llegan.

Después de las explosiones, por meses, Alejandro se despertaba en mitad de la noche, temblando, empapado en sudor y se decía para sus adentros: “Calmado, calmado, esto ya pasó”.



Camioneta pick up Ford en la que viajaba Alejandro Aguilar el día de las explosiones



Alejandro Aguilar en su taller



Alejando con un póster en memoria de las explosiones del 22 de abril

4. Reflexiones del alumno o alumnos sobre sus aprendizajes, las implicaciones éticas y los aportes sociales del proyecto

- **Aprendizajes profesionales**

El formato en el que fue planteado y realizado el proyecto “Hace un 22 de abril que no me acordaba de ti” es el de las crónicas periodísticas, acompañadas por series de fotografías que acompañan a cada una de ellas, cuatro en total.

Anteriormente he escrito que no soy periodista, tampoco fotógrafo. La carrera que elegí cursar fue la de gestor cultural.

Para Gilberto Giménez la cultura representa el conjunto de elementos simbólicos significativos en los que está cimentada una sociedad o una comunidad. Esos elementos son materializados en un sinfín de objetos. Es importante subrayar que no hablamos de cualquier tipo de objetos, sino de aquellos significativos para el grupo al que éstos pertenecen.

Las historias que aquí se narran y han sido eternizadas en fotografías tienen la intención de colarse —con las limitaciones de todo trabajo escolar— en el campo significativo de la historia de una ciudad; de una sociedad que experimentó, en el año de 1992, un momento trágico para sus habitantes y por ende para su memoria colectiva.

Es concebible pensar a un gestor cultural como un promotor o un defensor de bienes significativos; aunque, en mi parecer, es deseable imaginar, también, al gestor cultural como un productor de esos elementos significativos.

Escribir, fotografiar, en fin, crear productos capaces de narrar la historia patrimonial —porque las desgracias también son patrimonio— es una tarea deseable en la gestión cultural y precisamente bajo esta idea se ha desarrollado el presente proyecto.

En esta difícil tarea de narrar y ponerle rostro a una tragedia he redescubierto el papel imprescindible tanto de la estética como de la narrativa —por haber elegido a la

crónica como formato de escritura— en la construcción de la historia social de las comunidades, de las sociedades y de las naciones.

- **Aprendizajes sociales**

Me resulta inimaginable concebir una universidad desvinculada del entorno social en el que invariablemente está inserta. Cuando hablo de una universidad no hago referencia a la institución, sino a las personas que en ella circulan por sus pasillos, que invierten su tiempo en sus bibliotecas, que debaten en sus aulas; en fin, hago referencia a las personas que en ella cohabitan.

Una universidad vinculada con su entorno social —en mi parecer— es aquella que pone a su disposición sus recursos humanos, técnicos, intelectuales y materiales para entender ese entorno y, más importante, para influir en él, de una manera inteligente y responsable.

En este caso, este proyecto pretende impactar en ese entorno, contribuyendo a su historización. Los testimonios tienen la intención de continuar historizando un momento que, aunque trágico en la historia de esta ciudad, no puede ser olvidado.

Las historias aquí presentadas han sido narradas en formato de crónica. Si bien este formato es entendido como un género híbrido del periodismo y la literatura, en el horror de estas historias no hay literatura. Lo que sí hay es el deseo expreso de reconocer la fortaleza estas personas —y de todas las que no han sido entrevistadas— para salir adelante ante la desgracias que les tocó experimentar.

Una sociedad debe reconocer la fortaleza de esas personas, de quienes, si bien no tienen una calle con su nombre, tampoco una escultura en el espacio público, este proyecto universitario está dedicado a cada una de ellas.

- **Aprendizajes éticos**

La ética ha sido el eje transversal del presente proyecto, desde el comienzo hasta el su

final.

Haber decidido embarcarme en una investigación cuyo objetivo principal ha sido buscar testimonios de familias que sobrevivieron a un suceso que, ciertamente, marca una de las tragedias más oscuras de la historia de Guadalajara, pero que, sobre todo, es un suceso al que se enfrentaron miles de personas quienes perdieron algún familiar, quedaron físicamente lesionados de por vida y por si fuera poco, vieron colapsar su patrimonio material.

Conocer las historias de estas familias, historias que, muchas de ellas, parecen salir de un cuento de ficción —al menos eso desearía fueran: una ficción— ha enfrentado a constantes preguntas éticas: ¿Tengo derecho a relatar un evento tan trágico para estas familias? ¿Cómo escribir crónicas que velen por la dignidad de estas personas que han padecido el horror en carne propia? ¿Tengo derecho a revelar sus nombres, sus rostros? ¿Por qué es importante no olvidar, a pesar de que, en el recuerdo esté impregnado el sufrimiento?

Estas preguntas han estado presentes en cada entrevista que he hecho, en cada disparo que he tirado con la cámara, en cada noche en la que por horas me planteaba cómo narrar cada una de las historias.

Al final del proyecto las historias por sí mismas se han convertido no sólo en el producto de estos meses de trabajo, sino en el deseo, quizá simbólico, pero significativo, de evidenciar la fortaleza de cada persona que entrevisté, de cada persona que retraté, porque, sobre todo, este trabajo está dedicado a la valentía y al ímpetu, admirable de salir adelante de la desgracia de esta gente.

En palabras de Silvia, una de las entrevistadas: “Nos has hecho recordar un tema que en mi familia no se tocó por años, y al hacerlo, ahora, no sentimos bien de poder hablarlo, recordarlo, ya sin dolor”.

- **Aprendizajes en lo personal**

He dejado hasta este apartado una confesión personal: mis abuelos, tanto paternos

como maternos, al igual que mis padres, vivieron toda su vida en una de las colonias que explotó aquel trágico miércoles 22 de abril de 1992: la colonia Quinta Velarde.

Mis familiares tuvieron la fortuna de que ninguna de sus casas se encontraba entre las calles que fueron devastadas por la explosión, aunque perdieron a muchos vecinos, amigos y familiares aquella trágica mañana.

Este trabajo ha nacido por una convicción propia para con una historia que, indirectamente, marcó la historia de mi familia. Una historia que, me he dado cuenta, desconocía en sus dimensiones: en la magnitud de la devastación, en la cronología de los hechos, pero sobre todo, en las miles de historias que ahí se dieron. Historias, en palabras de Rogelio Villarreal: “estremecedoras”.

Por ser un apartado personal y más importante porque me parece valioso mencionarlo, he también de confesarlo: Hubo momentos en los que las historias que iba conociendo, me sobrepasaron. Me resultó difícil desvincularme emocionalmente, al nivel de que, no me soltaron en estos dos meses.

Reconozco la importancia de desvincularse con los objetos de estudio, tanto en la academia como en el periodismo y he hecho un esfuerzo significativo por mantener la imparcialidad y el profesionalismo en las páginas que componen esta investigación; sin embargo, estoy convencido que, toda investigación, principalmente en el plano cultural —que es en el que me he formado— la humanización de una investigación no sólo es deseable, sino logable. Por ello, he tratado de que el plano humano sea el pilar de este proyecto.

5. Conclusiones

La importancia del presente proyecto radica en su intención de sumar a la historización de un momento imborrable en la historia de la ciudad de Guadalajara. En el apartado del marco teórico se tratan los traumas urbanos; sucesos de destrucción natural o atribuibles al hombre que con el paso de los años, con la transformación de la propia ciudad, comienzan a quedar borrados en la memoria colectiva de la propia urbe.

Hace un 22 de abril fue ideado con el deseo de contribuir con información, en este caso con testimonios narrativos y visuales, que den cuenta de lo sucedido la mañana del 22 de abril en el Sector Reforma de Guadalajara.

Los testimonios que aquí se presentan, son estremecedores y son la voz de quienes padecieron el horror de aquel miércoles negro, como ha sido llamado por esa memoria colectiva. Retomar estas historias es apostar a recordar, pero también es un llamado a todos los que formamos parte de este entramado social a un acuerdo: lo ocurrido aquel día no sólo es indeseable que pueda volver a ocurrir sino que, es inaceptable.

Han pasado veinticinco años desde las explosiones en Guadalajara. No hay un responsable que haya pagado alguna pena por lo ocurrido, ni persona, ni institución. Las crónicas aquí presentadas y el primer apartado en la investigación bibliográfica, revelan el nivel de corrupción de parte de las autoridades para revelar las causas legítimas de la explosión y sobre todo, el número —real— de gente que murió tras el estallido.

Recordar, en este caso es una manera de denunciar. De denunciar con información, con las voces de los afectados, con sus rostros y sus historias.

Denunciar lo sucedido el 22 de abril es importante no sólo porque se han cumplido veinticinco años de la tragedia, sino porque, estamos lejos de haber

sobrepasado el problema. Las constantes luchas entre autoridades y huachicoleros, como son llamados aquellos individuos que ordeñan ductos de combustible en los sistemas de la paraestatal: Petróleos Mexicanos, nos obligan, a todos: Universidades, medios de comunicación, académicos y sociedad civil organizada a continuar documentando lo que, en cualquier momento, podría traducirse en otra tragedia.

6. Bibliografía

Aldrete, Alicia (6 de mayo de 1992), "Reconstruir la casa y el alma", *Siglo 21*. Consultado: 3 de junio de 2017.

Alonso, Jorge (1993), "Introducción" en Cristina Padilla y Rossana Reguillo (comp.), *Quién nos hubiera dicho, Guadalajara, 22 de abril*, Tlaquepaque: ITESO.

Arana Cervantes, Marcos (1993), *1992 Crónica de antes y después*. Guadalajara: Sol Promociones.

Cázares, José Antonio (25 de abril de 1992), "Nosotros no lo causamos", *Siglo 21*. Consultado: 1 de junio de 2017.

González, L. M. (22 de abril de 1992), "El SIAPA aún no determina las causas de la explosión", *Siglo 21*, p. 11. Consultado: 30 de mayo de 2017.

Macías, J. M. & Calderón Aragón, G. (1994), *Desastre en Guadalajara: notas preliminares y testimonios*. México: CIESAS.

Martín, Rubén (22 de abril de 1992), "El gobernador afirma que la situación está controlada", *Siglo 21*, p. 6. Consultado: 30 de mayo de 2017.

Martín, R. & Xanic, A. (24 de abril de 1992), "Pemex niega que la fuga tenga relación con el desastre", *Siglo 21*, p. 10. Consultado: 31 de mayo de 2017.

Mayer, A. J. (1993), "Les pieges du souvenir", *Esprit*, París.

Montaner, Josep María (2004), *Traumats urbanos: La pérdida de la memoria*. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Conferencia pronunciada en el marco del debate "Traumats urbanos". Consultado: 2 de junio de 2017. Disponible en: https://www.cccb.org/racs_gene/josepmariamontaner.pdf

Mora, José Manuel y De la Torre, Ma. Eugenia (1993), "Crónica" en Cristina Padilla y Rossana Reguillo (comp.), *Quién nos hubiera dicho, Guadalajara, 22 de abril*, Tlaquepaque: ITESO.

Novoa S., Esther (1994), *La función del fotógrafo de prensa en el caso del 22 de abril dentro de Siglo 21*. Guadalajara, México: edición de autor, tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación.

Ocaranza, Luis (29 de abril de 1992), "La sospecha de los escombros", *Siglo 21*. Consultado: 3 de junio de 2017.

Ramírez Sáiz, Juan Manuel & Regalado Santillán, Jorge (1995), *¿Olvidar o recordar el 22 de abril?*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Ramos Nava, D., & Vázquez, D. (1996), *22 de abril: los sueños rotos*. Guadalajara: Grupo Democrático Xalisco.

Padilla, Cristina & Reguillo, Rossana (1993), *Quién nos hubiera dicho, Guadalajara, 22 de abril*. Tlaquepaque: ITESO.

Valencia, René (22 de abril de 1992). "¿Por qué no nos advirtieron?" *Siglo 21*, p. 4. Consultado: 30 de mayo de 2017.

Xanic, Alejandra (24 de abril de 1992), "Todos los caminos llevan a Pemex", *Siglo 21*. Consultado: 1 de junio de 2017.

Entrevistas

Aguilar, Alejandro (3 de julio de 2017). Entrevista a Alejandro Aguilar, sobreviviente de las explosiones del 22 de abril.

De Dios, Sergio René (31 de mayo de 2017). Entrevista con Sergio René de Dios, coordinador de la Licenciatura en Periodismo del ITESO.

Flores, Rosa (23 de junio de 2017). Entrevista con Rosa Flores, sobreviviente de las explosiones del 22 de abril.

Flores, Consuelo (23 de junio de 2017). Entrevista con Consuelo Flores, sobreviviente de las explosiones del 22 de abril.

López Carpio, María (1 de junio de 2017). Entrevista con María Carpio López, sobreviviente de las explosiones del 22 de abril.

Velázquez Carpio, Silvia (1 de junio de 2017). Entrevista con Silvia Velázquez Carpio, sobreviviente de las explosiones del 22 de abril.

Velázquez González, Patricia (1 de julio de 2017). Entrevista con Patricia Velázquez González, sobreviviente de las explosiones del 22 de abril.

Velázquez, Jesús (1 de junio de 2017). Entrevista con Jesús Velázquez, sobreviviente de las explosiones del 22 de abril.